

BOLSILIBROS
BRUGUERA

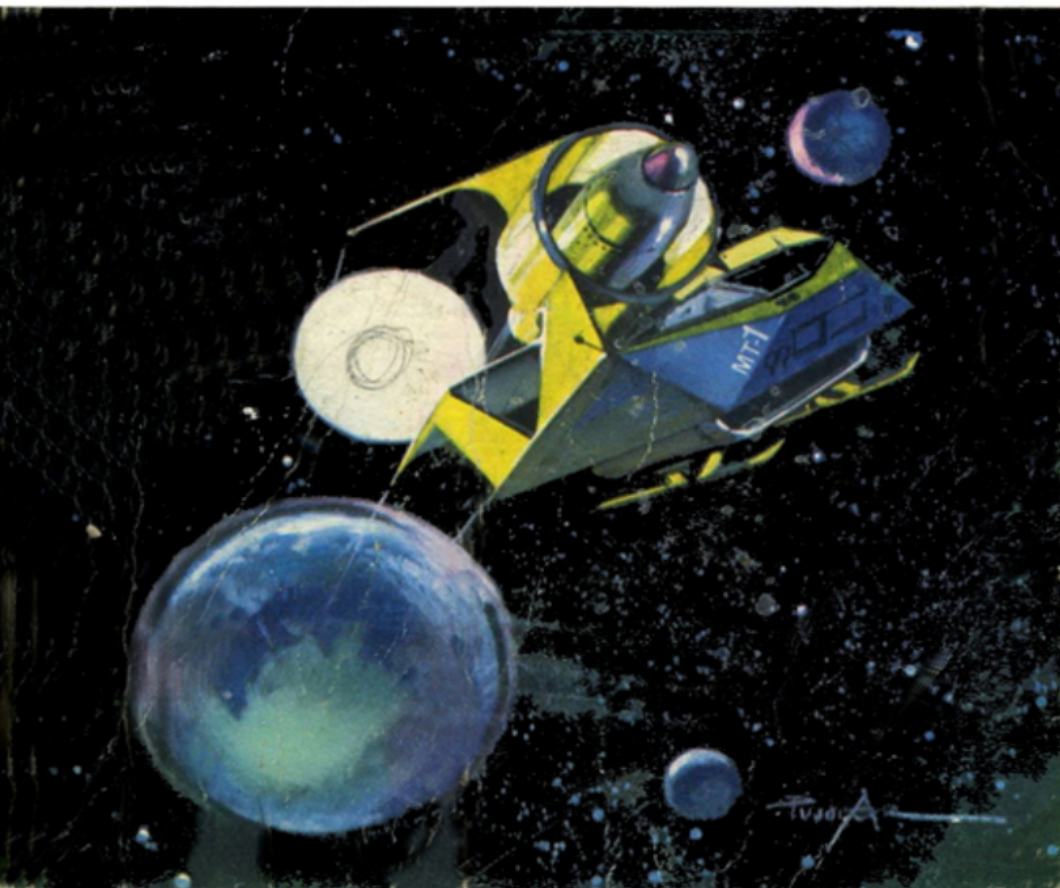
**CIENCIA
FICCIÓN**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LA TIERRA AGONIZA

lucky marty

CIENCIA FICCIÓN



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

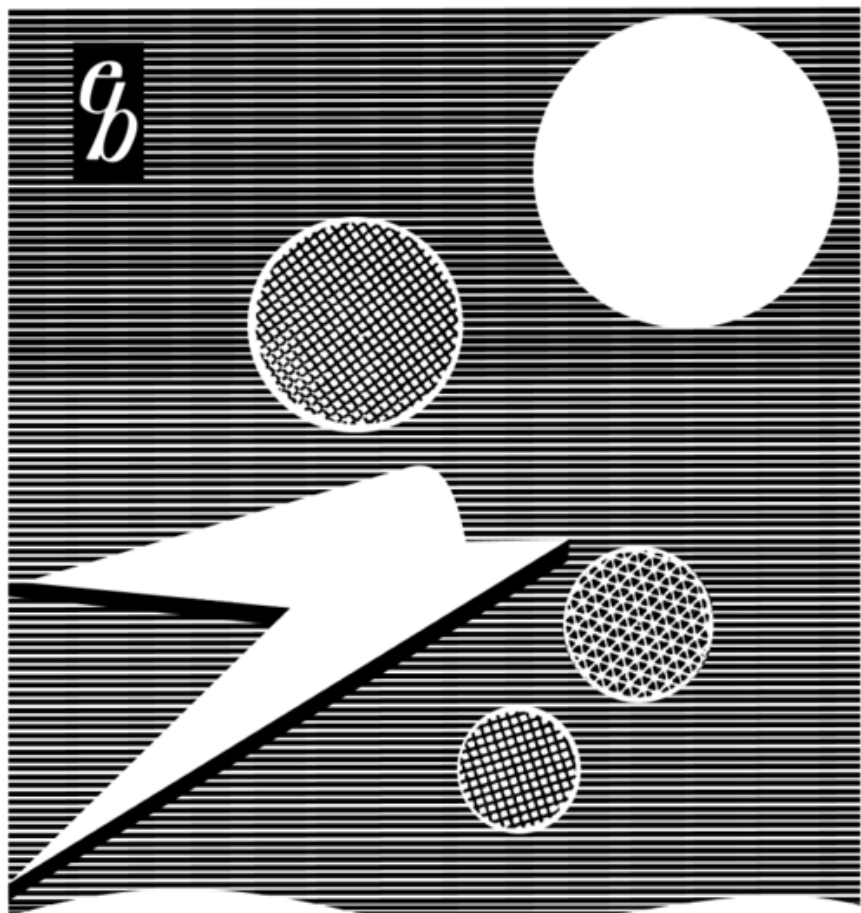
LA TIERRA AGONIZA

lucky marty

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

LUCKY MARTY

LA TIERRA AGONIZA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 190

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 5.834 – 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1974

© **Lucky Marty — 1974**

texto

© **Alberto Pujolar — 1974**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA
COLECCIÓN**

185.— ¡Yo detuve el mundo!

Curtis Garland

186.— El mensaje de los OVNI.

Lucky Marty

187.— El edén de la vida.

J. Chandley

188.— Fuego para un planeta.

Glenn Parrish.

189.— Diablo con dedos de vidrio.

Curtis Garland.

CAPITULO PRIMERO

Cierto: el miedo es el más ignorante, el más injusto y el más cruel de todos los consejeros.

Pero no es menos cierto que, al menos desde que la Humanidad se agrupó en tribus, pueblos, naciones y superpotencias, el Miedo ha servido al hombre para velar por su moral, ya que los hombres no tienen más que dos frenos: la vergüenza o la fuerza.

La vergüenza, por cuanto a cometer actos impropios a su dignidad. La fuerza, por cuanto puede sufrir el peso del castigo.

Al ser esto así, el Miedo ha venido siempre rigiendo los destinos del hombre. El le ha retenido, le ha frenado, le ha configurado y le ha permitido librarse de convertirse en una auténtica fiera.

Y las cosas siguieron así, hasta que llegó el momento en que el hombre supo que tenía en sus manos el poder de acabar con la vida en la Tierra.

Hasta el año 2145 el asesinato o el suicidio colectivo no tuvieron posibilidad de llegar a ser planetario. Pero ya era así, pues la noción de tal posibilidad afectaba a todo el género humano.

Por lo menos, afectaba a los más conscientes y más responsables.

La verdad era que en las altas esferas gubernamentales aún se hablaba del miedo a la guerra termonuclear. Pero a los doscientos años de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, tal miedo se hallaba muy amortiguado y empezaba a olvidarse.

Los países habían llegado a la conclusión de que una guerra atómica, aunque no era imposible, resultaba improbable. Era una guerra que nadie ganaría y perderían todos.

El miedo a las «bombas» de diez mil megatones estaba, en realidad, neutralizado por la misma potencia de tales artefactos bélicos. De ahí que sí los hombres de los años 1945 habían padecido tal miedo, los que vivían en el segundo siglo del tercer milenio lo hacían bajo la amenaza de otro miedo.

De un miedo casi más justificado.

Por supuesto, y dado las formas supercivilizadas de entenderse

entre sí las grandes potencias, ya no era el miedo producido por las armas mortíferas que todos poseían. Sino, por paradoja, por lo que son los llamados instrumentos de civilización y de progreso.

Por los resultados mismos de tales medios.

La tecnología, madre del, bienestar, amenazaba con destruir la vida. Y ésta era una amenaza no menos grave, aunque menos espectacular que la amenaza de las bombas atómicas.

El peligro era mayor, dado que este miedo no era aún popular. No lo compartía el hombre medio de la calle, los millones y millones de seres humanos que dejaban transcurrir sus vidas cómodas, plácidas y organizadamente, disfrutando de un progreso que terminaría por finiquitarles.

Todo era cuestión de tiempo.

En contraste, los sabios y los científicos si conocían este miedo y se preocupaban de él. Tanto, que los gobiernos ya empezaban a sacudir su pereza llena de escepticismo y a escuchar los resultados de sus periódicas reuniones, deseando aplicar medidas para evitar el suicidio colectivo que parecía avecinarse.

No hacía mucho que en Astrea, uno de los miles de asteroides colonizados existentes entre las órbitas de Marte y la Tierra, había tenido lugar una auténtica «cumbre» científica a escala planetaria, a la que habían asistido los cerebros más preclaros en todas las ramas de la Ciencia.

Habían elegido aquel punto perdido en el espacio, no por snobismo ni puro capricho, sino para que el resultado de sus deliberaciones trascendiera amortiguado por la distancia a los medios informativos, evitándose así las noticias alarmantes que, a buen seguro, podían crear graves problemas al desencadenarse el pánico colectivo.

No obstante, algo había trascendido de esta reunión de «cerebros», ya que algunos titulares de la prensa la calificaron, jocosamente, como «La Conferencia del Miedo».

Lo cierto era que los cinco mil científicos se habían reunido allí, no para estudiar nuevos medios o planes que aplicar al incesante progreso, sino para estudiar los problemas que amenazaban a la Humanidad.

En cierta forma, los avispados periodistas tuvieron razón en

llamar a esta cumbre de cerebros «La Conferencia del Miedo», ya que el miedo había sido el punto axial de todos sus debates sostenidos, consignados en. sus comunicaciones, dirigidas, posteriormente, a los departamentos gubernamentales correspondientes.

En tales comunicaciones científicas quedaba reflejado el pánico di aquellos hombres responsables, preguntándose desde mil ángulos y con sólidos argumentos cuáles eran las posibilidades de supervivencia del hombre en medio de sus propias creaciones científicas y tecnológicas.

Y apurando al máximo, también se preguntaban sobre la crisis de los valores morales, y qué valores nuevos hacían falta para la adaptación a la vida, si el progreso continuaba al mismo ritmo creciente.

«Si el progreso continuaba al mismo ritmo creciente...»

¿No tenía gracia la frase?

Muchos de aquellos científicos llegaron a la conclusión de que tal continuación llevaba a la muerte.

Y no a una muerte de destrucción por guerras nucleares, sino por la constante contaminación del aire, de las aguas fluviales y marítimas, del urbanismo gigantesco y descabellado y de la justamente llamada «explosión» demográfica, que ya alcanzaba sobre la sufrida Tierra los... ¡DIEZ MIL MILLONES DE HABITANTES!

Justo será indicar que en aquella «Conferencia del Miedo» se hallaban presentes científicos tan relevantes como el profesor Gunnar Bergman, dos veces Premio Nóbel de Física y Química, noruego de nacimiento, pero que, de sus setenta años, había pasado más de cuarenta viajando por todo el sistema solar, fundando y creando centros científicos de investigación en todos los planetas colonizados a partir de la sexta década del tercer milenio.

También estuvo presente el norteamericano Patrick Thorson, el ruso Markovich y el francés Jacques Perrier, Premio Nóbel de Biología el primero, de etnología el segundo y de la Paz el tercero.

Al sabio Gunnar Bergman y a los otros citados podía añadirse una larga lista de cuatro mil novecientos noventa y seis especialistas, con méritos propios cada uno de ellos como para haber sido invitados a realizar un viaje de tantos millones de kilómetros por el espacio.

En Astrea todos estos hombres habían cambiado impresiones,

cotejado sus investigaciones, discutido sus puntos de vista y llegado a una triste conclusión. La Humanidad, tan creadora y tan progresiva, se hallaba amenazada por los detritus y la basura de sus propias creaciones industriales.

El aire y las aguas del planeta Tierra se habían convertido en elementos nocivos.

¡Fatalmente nocivos!

Por lo que atañía a la contaminación del aire y de las aguas, se estuvo totalmente de acuerdo en que la gravedad era real: casi apremiante.

Los análisis químicos de muchos ríos de capital importancia para los abastecimientos necesarios, en no pocas ocasiones habían causado la muerte, no ya de centenares de millones de peces, sino también de millares de personas.

Los departamentos de sanidad paliaban el problema asegurando al público que tales «accidentes» ocurrían por alguna deficiencia técnica. Tal cosa no era verdad: ocurría así porque la madre Tierra ya estaba vieja, exprimida, envejecida.

CONTAMINADA.

Incapaz de absorber tanta y tanta creación artificial, que siempre dejaba basuras y detritus.

¡Basuras!

En la referida «Conferencia del Miedo», la voz pausada y docta del sabio profesor Gunnar Bergman se alzó una y otra vez, advirtiendo a todos sus colegas:

«¡Hay que cesar con una contaminación que ya pone en peligro la vida humana!»

Hablaba con profundo conocimiento de causa. En su país natal y en la vecina Suecia, la principal industria era la del papel. Ciertamente que el consumo cada vez mayor de tal elemento era fuente de prosperidad económica para ambos países. Pero también se estaba convirtiendo en la emanadora de tóxicos sin antídotos posibles.

A esto había que añadir que, durante los últimos doscientos años, el hombre había destruido dos tercios de los bosques del mundo.

El oxígeno faltaba.

Lo que sucedía en Noruega y Suecia se registraba también en otros muchos lugares de la Tierra. La industria pesada, las gigantescas factorías, los centros de creaciones artificiales de las más diversas materias, la cremación de los desperdicios, las explotaciones petrolíferas y todo el complejo mecanismo de los productos bioquímicos exigían una cara contribución de aire sano y vital que se les restaba a los hombres.

Pero... ¿cómo resolver estos problemas sin dar un frenazo al progreso y la civilización industrial?

Según los «cerebros», había que llevar a término una ardua campaña que, en modo alguno, podía ser emprendida y sufragada por un solo país. Era aquella una seria empresa internacional que requería el esfuerzo común, no ya de todos los gobernantes convencidos del peligro y puestos de acuerdo, sino de todo el género humano.

Asimismo, los «cerebros» pusieron en su comunicación de relieve la amenaza del tan fantástico «boom» demográfico. En su detallado informe, los especialistas aseguraban que al actual ritmo de crecimiento cada treinta años la población mundial se doblaría.

Según ellos, la Tierra no podría resistir tan desmesurada población, y a este respecto las medidas habían sido urgentísimas. Muchos de aquellos hombres afirmaban que las autoridades tenían la culpa de este problema, por no tomar prudentes medidas políticas y religiosas, para evitar tal explosión demográfica que también amenazaba con terminar en serios trastornos político-religiosos, con posibles trascendencias incalculables al quedar limitada la libertad de las parejas.

Al llegar a este punto de discusión, el antropólogo alemán Max von Thulin había dicho:

—Sé que definir una nueva ética no entra ni en el papel de la Ciencia ni en sus posibilidades. Pero, al menos, la Ciencia permite constatar la falta de nuestro sistema de valores. Por lo tanto, es preciso encontrar otros que se inspiren en la realidad biológica del hombre...

Muchos de los reunidos habían levantado sus voces en protesta de la proposición del científico alemán, el cual, ante los escrúpulos religiosos de sus colegas, había terminado por remachar:

—¡Caballeros! Yo les digo que ningún mito, ningún dogmatismo ni ninguna vieja creencia resiste la evidencia de la Ciencia moderna. Y todos ustedes saben que esa misma Ciencia nos está indicando que la

Tierra no puede superpoblarse más.

Resumiendo: los cinco mil científicos reunidos en la «Conferencia del Miedo» estuvieron en Astrea discutiendo durante días y semanas, para llegar a una conclusión que pretendían fuera oficial, aceptada por todos los países del mundo.

«Era preciso tomar medidas internacionales para superar los problemas de la CONTAMINACION de las aguas y del aire, de la SUPERPOBLACION y del URBANISMO anárquico y contraproducente en las gigantescas ciudades, foco de los tres males mayores que amenazaban a la Humanidad.»

Y como coletilla añadían en su comunicado:

«Si no se toman tales medidas será debido a que nuestro sistema de valores empieza a ser inadecuado para nuestra época y civilización...»

Naturalmente, todas estas conclusiones acarrearían muy serias consecuencias.

Pero, como siempre, al hombre le tocaba decidir...

CAPITULO II

La residencia particular del sabio profesor Gunnar Bergman estaba situada a pocas millas de Oslo y, en aquella ocasión, hacia su casa de Noruega habían volado muchos importantes invitados.

Pero el dueño de la casa estaba de muy mal humor.

Nadie le dio importancia porque no era de extrañar: cuando el anciano Gunnar Bergman se encontraba rodeado de mucha gente, siempre le ocurría igual.

No es que odiase a sus semejantes, pero, a sus setenta años y después de más de cuarenta de viajar por el espacio, se había acostumbrado a la soledad. En aquellos largos viajes por el sistema solar, exceptuando cuando tenía que inaugurar algún nuevo centro científico o pronunciar conferencias, la mayoría del tiempo lo había pasado en el silencio de sus laboratorios flotantes, solamente soportando la compañía de sus colaboradores más directos.

Se decía, y era cierto, que cuando alguien le echaba en cara su misantropía, solía replicar:

—¿Saben por qué, en términos generales, la gente huye de la soledad? ¡Porque hay muy pocos que se encuentren en buena compañía con ellos mismos!

Y añadía, para remachar sus pensamientos:

—Cuando no es así, yo les aseguro que la soledad es la prueba suprema de la humanidad o de la excelsitud del espíritu...

Por supuesto, nadie se atrevía a contradecirle. Lo último reataba algo pedante para decirlo de uno mismo: pero el profesor Gunnar Bergman no era de los que se callase nada, y hartas pruebas había dado de poseer ese espíritu selecto al que hacía mención.

Y no sólo por los dos Premios Nóbel ganados en el campo de la Física y la Química y por las muchas realidades prácticas sacadas de sus investigaciones, sino por su gran cultura polifacética, por sus profundos conocimientos en todas las ramas del saber humano y porque, exceptuando los breves años de su lejana juventud dedicados a un fallido matrimonio, el resto de sus energías habían sido dedicadas única y exclusivamente a la Ciencia.

A la Ciencia, de la que también solía decir:

—Ninguna ciencia, en cuanto ciencia, engaña. El engaño está en quien no la sabe.

Pero aquel día, el mal humor del profesor Gunnar Bergman no se debía exclusivamente a que, con sus manías de anfitriona, su nieta Bonnie le hubiese llenado la casa de invitados. En realidad, más que la gente en sí lo que le molestaba eran las insulsas conversaciones. Le crispaba los nervios ver que la gente gastaba su tiempo charlando de cosas sin importancia. Para un espíritu analítico como el suyo, tal cosa constituía no sólo una majadería, sino un delito de humanidad.

—No hay valor más absoluto que el tiempo —solía afirmar, de forma categórica—. Y por eso es un delito perderle en tonterías. Tengan en cuenta que estos minutos que pierden no volverán. ¡Jamás!

—Pero el presente, abuelo... —solía objetar nieta.

—¡No existe el presente! —atajaba el anciano—. Lo que llamamos presente no es otra cosa que el punto de unión del futuro con el pasado.

Sí: el profesor Gunnar Bergman era un hombre terrible, con frases lapidarias que a muchos le producían sobresalto. Quienes le conocían podían asegurar que jamás le habían visto sonreír, puesto que, al respecto, también opinaba:

—La risa es copiosa en la boca del necio.

De ser cierto, a la bonita y delicada Bonnie Gillman se le podía tomar por una necia, ya que sus labios gordezuelos y rojos casi siempre sonreían.

Pero con su nieta Bonnie el grave y anciano profesor hacía una excepción. La muchacha sonreía porque era joven, porque; estaba en la edad de enamorar a un hombre y, a fin de cuentas, como última excusa, porque era mujer.

A los ojos de su abuelo la rubia Bonnie tenía estas prerrogativas simplemente.

Estas rotundas opiniones de su abuelo sacaban de quicio a la muchacha. Estaba empeñada en demostrarle, desde que decidió ser uno de los más directos ayudantes, que podía ser mujer, bonita, elegante y alegre, y al mismo tiempo útil a la sociedad.

Ahí estaban, si no, sus estudios cursados en Biología, Química y

Física: su labor como fiel y abnegada colaboradora de su abuelo, su dedicación a la Ciencia y, también, el hecho jamás reconocido por el malhumorado científico de que la necesitaba y no sabía hacer nada sin su ayuda.

Aquella misma fiesta dada en honor de los representantes de varios gobiernos tras la famosa «Conferencia del Miedo», que estaban interesados en charlar con el sabio profesor Bergman, había tenido que ser organizada por la nieta del dueño de la casa. Bonnie era una delicia para tales cosas y su abuelo lo sabía: en la fiesta no faltaba ningún detalle y el profesor Gunnar Bergman habría podido quedar por un excelente anfitrión, a no ser por su manía de deambular por las habitaciones interiores, rehuendo los encuentros con sus invitados, a quienes, forzosamente, tarde o temprano sabía que tendría que saludar.

Pero de momento se obstinaba en permanecer en su despacho privado, contemplando a través del amplio ventanal la terraza giratoria que seguía el camino del Sol, en la que muchos de los invitados charlaban en animados grupos y bebían refrescos con la glotonería de un beduino en el desierto.

A su lado permanecía el alto y fornido Edward Sandrich, recientemente nombrado por la Academia de Ciencias de Oslo ayudante principal y secretario del profesor Gunnar Bergman, al que dijo el dueño de la gran mansión:

—¿Sabes ya lo de Osuko Omary?

—Sí, profesor.

—¿Y lo del biólogo Reader?

—También, profesor.

Edward Sindrich conocía muy bien a su jefe y por eso se limitaba a contestar con las palabras precisas. En los primeros días a sus órdenes le había oído repetir que las palabras superfluas sobraban y, aprendida bien la lección, se limitaba a contestarle con monosílabos.

La voz opaca del anciano profesor volvió a sonar quedamente en la habitación acristalada:

—Ha sido una gran pérdida.

—Sí, profesor.

El dueño de la casa suspiró, antes de añadir:

—Me resisto a creer en dos casuales accidentes, casi a la vez y en puntos tan distantes como son Tokio y Berlín.

—Yo también, profesor.

Los ojos sin pestañas del profesor Gunnar Bergman buscaron las pupilas azules de su joven ayudante, indagando, siempre parco en palabras:

—¿Asesinato, Edward?

—Sí, profesor.

La mano huesuda del anciano se abrió y se agitó inquieta, batiendo el aire al apremiar, visiblemente malhumorado:

—Al menos, por una vez, sea usted algo más explícito, Edward.

—Señor...

—¿Por qué cree que el profesor Osuko Omary y el biólogo Reader han sido asesinados?

Edward Sindrich miró fijamente a su jefe y aceptó:

—Lo pienso así, profesor.

—Sí, Edward... ¡Una vez más tiene usted razón! No hace falta que me diga por qué cree que esos dos hombres han sido asesinados. ¡Los dos lo sabemos perfectamente!

—Así es, profesor.

Nuevamente guardaron silencio los dos, contemplando desde el gabinete de trabajo la amplia terraza giratoria que seguía lentamente, por medio de la aplicación de la energía solar, la lenta trayectoria del astro rey, que aún iluminaba en aquella mañana noruega toda la fachada principal de la regia mansión.

Todo un palacio de mármol blanco situado en uno de los fiordos interiores de la bahía de Strömstad.

Entre las mujeres que bronceaban allí su piel abundaban los breves bikinis, y al fijarse en ello Gunnar Bergman, refunfuñó, dando un resoplido:

—¡Uf! Me fastidia todo esto. Parece una fiesta mundana, en vez de una reunión importante.

Sobrio, escuetamente, su fornido ayudante le recordó:

—«Debe» parecer una fiesta mundana, profesor.

—Cierto, Edward. Todo el mundo ha de, creer que es así. Pero todo este ridículo escenario me sobra.

—Si me permite opinar, le diré que su nieta lo ha preparado; todo muy bien. Invitando a sus amigas y a otras personas que nada tienen que ver con lo que vamos a tratar aquí, la Prensa no sabrá nada.

Edward Sandrich hizo una pausa antes de añadir, como fatigado tras haber soltado tantas palabras seguidas:

—A nadie le extrañará que el profesor Gunnar Bergman dé una fiesta para celebrar su regreso a la Tierra, señor.

—¡Bah! ¡Tonterías, Edward! He regresado centenares de veces y me he limitado a respirar este aire viciado, que no tardará en asfixiarnos a todos.

Seguían contemplando la terraza desde el piso superior y al poco la voz cansada del dueño de la casa indagó:

—¿Quién es aquél que parece un Hércules?

Edward Sandrich no contestó y la voz de su jefe tronó represiva:

—Si no quita usted los ojos del bikini que lleva mi nieta, no podrá saber por quién le pregunto

—¿Eh? ¿Cómo dijo, profesor?

El índice largo y huesudo de Gunnar Bergman señaló hacia la piscina, en donde en aquel instante un hombre alto y ancho de hombros, de tórax velludo y piel tostada por el sol, avanzaba hacia el trampolín.

—Le pregunto por el que se dispone a exhibirse saltando — insistió el dueño de la casa.

—No... No le conozco, profesor.

—Será uno de los amigos de mi nieta. Últimamente parece coleccionar amistades... ¡Masculinas!

—Sí, profesor: eso también lo he notado.

El anciano Gunnar Bergman no sonrió, porque no lo hacía jamás.

Pero sus delgados labios ensayaron una mueca y preguntó:

—¿Celoso, Edward?

Su ayudante siguió sin hablar. ¿Fue por no confesarlo, o bien porque su jefe le había recomendado que procurase siempre ahorrar el tiempo y las palabras?

Eso lo sabría más tarde el dueño de la regia mansión...

CAPITULO III

No sin razón, durante la comida uno de los invitados opinó:

—¡Maravilloso! Esto es un menú cósmico, amigos.

Así lo parecía, ya que fueron servidas algas del Mar de las Tormentas de Marte; fresas de Venus rociadas con vino italiano de la Riviera y, por supuesto, la carne del asado procedía de Australia, pero sazónada con los mejores champiñones de los que se cultivaban en Júpiter, tras los primeros años de adaptación y selección.

El invitado que formuló el elogio estaba lejos del malhumorado dueño de la casa, que al oírle musitó, dando un codazo a su nieta:

—¡Imbécil! ¿Qué sabrá ése del cosmos?

—¡Abuelo, por favor! Puede oírte.

Gunnar Bergman estaba realmente molesto. Ya no podía aguantar más su impaciencia, y dirigiéndose a los invitados que conocía, terminó por levantarse al sugerirles:

—¿Qué les parece si vamos a mi gabinete, mientras los jóvenes siguen divirtiéndose?

Se levantaron seis hombres y tal cosa extrañó al anciano profesor. Se suponía que debían levantarse sólo cinco, correspondientes a los representantes gubernamentales de los cinco continentes: Asia, Africa, América, Europa y Australia con Oceanía.

Conocía bien a los cinco delegados continentes y sus ojos sin pestañas se clavaron en el hombre alto que horas antes había contemplado desde su gabinete, cuando se disponía á lanzarse a la piscina. Era un hombre que no rebasaríamos treinta años, fornido y moreno con ojos vivaces de pupilas negras que le estaba sonriendo amistosamente.

Gunnar Bergman se dirigió a él, esforzándose por ser amable al indicar:

—Usted no, mi joven amigo. Con seguridad nosotros nos enzarzaremos en una aburrida charla científica y usted...

—Me encantan esos temas, profesor Bergman —contestó el hombre alto.

—Pero... Sin duda preferirá seguir disfrutando de esta agradable compañía. ¡Mire cuántas lindas mujeres hay aquí! Y mi nieta Bonnie...

Terco, obstinadamente, mostrándole sus dientes fuertes y blancos al sonreírle, el hombre alto y moreno atajó:

—Le aseguro que no les molestaré, profesor.

El profesor Gunnar Bergman jamás habría podido ocupar ningún puesto diplomático, y con manifiesta aspereza, manifestó:

—¡Quédese!

Entonces, el hombre alto y moreno se acercó a él, insistiendo, mientras replicaba a la severa mirada del sabio noruego con la misma firmeza y serenidad al decir:

—Se lo ruego, profesor. Una vez en su gabinete comprenderá mi actitud.

El elevador automático les llevó hacia la planta superior, y ya en el pasillo los ocho hombres, fue el ayudante Edward Sindrich quien habló al intruso; inquiriendo lacónicamente:

—¿Y bien, señor...?

—Brynner... Roy Brynner, señor Sindrich —se presentó.

En su mano ya mostraba una credencial que todos conocían. Las rígidas facciones del huesudo dueño de la finca se distendieron algo. No obstante, incisivamente, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

La respuesta del joven desconocido le desconcertó tanto como a los cinco delegados continentales al oírle decir:

—Protegerle, profesor.

—¿A mí, señor Brynner?

—A usted, señor. El Gobierno Universal lo considera oportuno, teniendo en cuenta lo que últimamente viene sucediendo.

El Gobierno Universal...

En realidad, todos sabían de qué se trataba. No es que, al menos oficialmente, aquello representase una fuerza o un organismo superior al que los países debieran obedecer. Por el momento sólo se trataba de

un ensayo del Gobierno Universal, extendido a todo el sistema solar planetario y con aspiraciones y proyectos para desempeñar las mismas funciones en toda la galaxia, el día en que las incesantes conquistas del espacio pudiera permitirse el lujo de enviar naves tripuladas por hombres hacia las estrellas.

Algo así como cuando, un par de siglos atrás, la soñada unificación del continente europeo se inició con la creación del Mercado Común. Entonces, y según la Historia, durante cierto tiempo, cada nación europea siguió conservando su nacionalidad, pero sin negarse a dar los primeros pasos para, tras unir los intereses económicos de todo el continente, ensayar la unidad política y geográfica que había logrado borrar, ¡al fin!, absurdas y pequeñas fronteras.

En el Gobierno Universal cada país tenía sus representantes y todos contribuían a sostener los cuantiosos gastos de algo que se intuía absolutamente necesario, dentro de algunos años. De momento, cada país y cada continente conservaba su propia forma de gobierno y su autonomía; pero, a la par, sometándose voluntariamente a las sabias indicaciones de aquel supraorganismo internacional, que necesariamente debía efectuar sus ensayos antes de llegar a la madurez y la aceptación general.

Cierto que aquella aceptación general era aún con harta frecuencia discutida por tal o cual país, según le afectaran o no las decisiones del Gobierno Universal. Este aún no disponía de ejército propio, aunque sí de organismos internacionales como la llamada Policía de Seguridad Internacional, a la que aquel hombre llamado Roy Brynner demostraba pertenecer.

El profesor Gunnar Bergman pasó la credencial a los delegados continentales y, cuando llegó nuevamente a las manos de su secretario particular, indicó al fornido Edward Sindrich:

Aerifique, esta placa de identificación, Edward. La conexión es múltiple con Washington, Moscú, Tokio, El Cairo y Melbourne. ¡Le esperamos!

Fue cuestión de medio minuto. La placa de identificación del agente del Gobierno Universal fue introducida en una ranura de un gigantesco cerebro electrónico, que a su vez empezó a girar y enviar mensajes con una celeridad y una precisión asombrosa. Varias luces parpadearon fugazmente antes de proporcionar, por otra ranura, la placa, sometida a todas las pruebas con resultados satisfactorios.

Todos hombres superdotados, con un nivel cultural y científico elevadísimo como correspondía a sus altos cargos, comprendían perfectamente el sistema de seguridad empleado.

Sencillamente, el isótopo radiactivo de la placa de identidad correspondía al consignado al agente Roy Brynner, sin error posible.

Las máquinas inventadas por el hombre jamás defraudaban ni mentían. Sus creadores, humanos al fin, podían engañar, defraudar o, sencillamente, sufrir errores y equivocaciones.

¡Las máquinas, no!

Pero el siempre malhumorado profesor Bergman no se mostró más cordial al tener que admitirle entre sus íntimos, invitándole, al señalar la puerta automática de su amplio gabinete:

—Pase usted también, señor Brynner. ¡Pudo ahorrarnos esta sorpresa!

—No lo creí conveniente, señor. Me dejé invitar por su nieta.

—¿Conoce a Bonnie?

La pregunta venía de los carnosos labios del recio secretario Edward Sindrich, y el agente contestó:

—Sí... Asistió a la llamada «Conferencia del Miedo» y en nuestros archivos quedaron consignados los cinco mil científicos que viajaron hasta el asteroide Astrea.

—Asistió en calidad de secretaria mía —aclaró el dueño de la casa.

—Por supuesto, profesor..

Las puertas automáticas volvieron a cerrarse silenciosamente, tras entrar en el amplio gabinete los ocho hombres, conectándose los circuitos de televisión que enviaba al despacho las imágenes de las demás habitaciones de la casa.

El huraño profesor Bergman se desconcertó algo, al ver a una pareja besándose junto al borde de la piscina en una de las pantallas, ordenando a su secretario:

—Desconecte eso, Edward. ¡Estamos aquí para fijar nuestra atención en cosas más importantes! ¡Esas escenitas me crispan los nervios!

La mano de Roy Brynner se alzó al rogar al secretario, cuando se disponía a cumplir la orden:

—¡No lo haga! Ese hombre que besa a la chica es uno de mis agentes.

El profesor Bergman casi dio un brinco en su mullido sillón al exclamar:

—¿Cómo? ¿Me ha llenado usted la casa de policías?

—Así es, señor.

—¿Porqué?

—Se lo dije, profesor: nuestra misión es protegerle.

—¡Paparruchas! No creo que corra ningún peligro.

Roy Brynner hizo una estudiada pausa para reclamar la atención general, y al poco dijo, tranquila y pausadamente:

—A la muerte «accidental» del profesor Osuko Omary y del biólogo alemán Reader... hay que añadir la de diez científicos más, señores...

—¿Cómo dice?

La pregunta fue múltiple y alarmante, por lo que Roy Brynner añadió:

—Así es, señores. Cada uno en su país respectivo. ;Y todos fueron a la «Conferencia del Miedo», como el profesor Gunnar Bergman!

Reinó el silencio más absoluto entre los ocho hombres, hasta que nuevamente, tomando las riendas, el dueño de la casa invitó:

—¿Nos sentamos, caballeros...?

CAPITULO IV

La reunión fue prolongada y la voz del profesor Gunnar Bergman terminó por parecer aburrida y monótona a los siete hombres que le escuchaban.

Pero en verdad que su dilatado informe les pareció a los cinco delegados continentales muy completo. Por lo visto, a muchos millones de kilómetros de la Tierra, en el asteroide Astrea, se había trabajado de firme: los temas más vitales se habían tratado con crudeza y de su solución dependía el futuro de la Humanidad.

Sólo cuando el dueño de la casa refrescó sus delgados labios con un cordial que le ofreció su ayudante, Tokaydo Mimure, el delegado continental de Asia, quiso saber:

—Díganos, profesor: ¿Cuántos años durará la vida sobre la Tierra? Es decir, la vida del hombre...

El profesor noruego pareció recuperar sus bríos, empezando a exponer:

—Según unos cálculos muy espectaculares de mi colega ruso que expuso sus teorías en Astrea, es posible que la vida humana termine como terminó, nada menos, que la de los dinosaurios.

—¿Cómo dice, profesor?'—Así es, señor. ¡Por falta de oxígeno!

Roy Brynner vio al delegado por Africa sonreír, manifestando, con voz gangosa:

—Permítame que haga un comentario que se me antoja paradójico. La raza humana siempre temió morir algún día exterminada por ella misma, por sus propias luchas milenarias o, en los últimos siglos, debido al desencadenamiento de una guerra atómica. Incluso se temía que seres totalmente ajenos a nosotros, extraterrestres, llegasen a invadirnos desde otros mundos. Pero ahora resulta que moriremos... ¡como los dinosaurios!... ¿No le parece ridículo?

—¡No! —atajo el profesor Bergman—. Y les ruego que no pierdan nunca de vista que las conclusiones a que mis colegas llegaron están basadas en cálculos puramente científicos.

—No he querido molestarle, profesor Bergman.

—¡Pues me ha molestado, señor Ulunga! Pero quiero que sepa que la teoría de mi colega ruso no es, ni mucho menos, descabellada. En la remota época en que la Tierra estaba habitada por esos gigantescos animales, el suelo aún estaba geológicamente formándose y existía muy poca vegetación en él. Mientras iban desapareciendo plantas regeneradoras de oxígeno, plantas consumidas por otra parte en enormes cantidades por los dinosaurios, insisto en que está comprobado científicamente que iba creciendo el volumen torácico de dichos seres, que, de pronto, se extinguieron, y no como comúnmente se cree: por algún cataclismo. Sencillamente, murieron cuando el gas carbónico aumentó de tal modo en la atmósfera que la respiración se les hizo imposible...

—Reinó un prolongado silencio ante las fantásticas imágenes que surgirían las palabras del sabio profesor noruego, que añadió:

—Y ahora tengan en cuenta este otro dato importantísimo, debido al acreditado profesor Mac Eveet, de la Universidad de Pensilvania. No sólo aumenta cada vez más la talla humana, sino que también aumenta su volumen torácico, como puede apreciarse en los niños, generación tras generación. Por supuesto, si bien lo observamos, esto es más acentuado en los niños que nacen en nuestras gigantescas ciudades, en donde el aire contiene menos oxígeno, que en el campo o las zonas menos absurdamente superpobladas.

El delegado continental americano intentó atajar las explicaciones científicas del comunicante, indagando:

—Según usted, ¿morirá la Humanidad como los dinosaurios, por falta de oxígeno?

—Hay muchísimas posibilidades de que así sea, señor Niegel. Nosotros no terminamos con las plantas productoras del equilibrio del oxígeno, ésa es la verdad. Pero terminamos, y cada día con más voracidad industrial, con las zonas verdes, los inmensos bosques y con una creciente cantidad de oxígeno debido a nuestras gigantescas industrializaciones. Y, sobre todo, en su país, amigo mío. En su continente.

—Sí, profesor, eso es cierto.

—¡Hay más! El aire está cada vez más contaminado. Cada día somos más millones de seres en la Tierra. Cada día creamos centenares de máquinas que, por decirlo de alguna manera, «respiran a su modo», también quemando oxígeno.

Por primera vez intervino el delegado europeo al remachar:

—Poseo también recientes datos a mano y les digo que, si queremos que nuestra civilización tenga alguna posibilidad de salvación, no sólo han de evitar los respectivos gobiernos las guerras atómicas, sino también esas terribles «guerras industriales» que llevan a una competencia feroz, construyendo cada día más y más fábricas y factorías, que llenan la atmósfera con humos nocivos.

Roy Brynner no se consideraba ningún científico, pero osó manifestar, en una de las pausas de la charla:

—Profesor Bergman... ¿Me permite una pregunta?

—Hágala, joven.

—¿Debemos pensar que, de seguir las cosas así, de continuar al mismo ritmo que hasta ahora la contaminación atmosférica, el hombre se agigantará, sus pulmones serán mayores, por mas y más ávidos de un oxígeno siempre en menor cantidad?

—Sin duda alguna, señor Brynner.

Ansioso de quitar seriedad a un planteamiento que se estaba haciendo acongojante, el agente secreto del Gobierno Universal exclamó con soltura:

—Entonces... ¡Es un simple problema de chimeneas, señores!

Todos sonrieron, menos el profesor Gunnar Bergman, que atajó los jocosos comentarios, aceptando al replicar con energía:

—¡Cierto, señor Brynner! Es un problema de «chimeneas», como usted apunta... Pero ya que se muestra tan ingenioso, ¿quiere decirnos cómo lo resolvería?

Roy Brynner captó la reprimenda en aquellas palabras y se excusó:

—Mi deseo no era molestarle, profesor Bergman. Simplemente, aspiraba a quitar tirantez a los problemas que aquí se tratan.

—¡Hizo mal! Son problemas muy serios, de vital importancia. Y por lo tanto han de tratarse con toda seriedad. ¡Con toda crudeza!

El delegado por el continente europeo intervino por segunda vez, acudiendo en ayuda del agente de policía al decir:

—Estoy de acuerdo con el señor Brynner: sé detalladamente de todo lo que trataron en el asteroide Astrea, en esa conferencia

llamada., «Del Miedo». Pero esto no quiere decir que debemos ponernos tétricos, profesor Bergman. Tengo para mí que, en todas las cosas, un poco de buen humor y alegría suaviza mucho.

—¡Gran error! —volvió a atajar el dueño de la casa—. ¡Ya que uno de los motivos que ha llevado a la Humanidad al borde del suicidio colectivo ha sido la alegre inconsciencia. ¡Precisamente al tratar las cosas vitales sin darles la seria importancia que merecían!

La mano bien cuidada del representante asiático se movió con lentitud, para rogar con suma suavidad:

—Caballeros, no debemos discutir entre nosotros. Creo que, en principio, todos estamos de acuerdo en la gravedad de todo lo que estamos tratando aquí.

—¡Sí! Todos estamos de acuerdo —volvió a gritar el irascible Gunnar Bergman—. Pero ¿de qué vale eso?

—Desde hace muchos años los científicos venimos lanzando llamadas de alarma apremiantes. Pero... ¡no se nos hace mucho caso! No con menos acritud, el delegado del continente americano objetó:

—¿Acusa de eso a los gobiernos continentales, profesor?

—¡De forma rotunda! No han tomado nunca las medidas tajantes que deben tomarse. ¡Nunca!

—¿Por ejemplo? —invitó con su pregunta el señor Niegel.

—¡Está bien! Puesto que lo piden y para que informen a sus respectivos gobiernos, voy a decirles las conclusiones a que llegamos los científicos que nos reunimos en Astrea.

El profesor Gunnar hizo un gesto imperioso a su secretario Edward Sindrich, que al instante sacó una hoja de papel del portafolios que tenía junto a él. El dueño de la casa lo estuvo examinando fijamente con sus ojos sin pestañas, antes de volver a anunciar:

—Primero: dado que si se observa la realidad desde el ras del suelo biológico y demográfico, el mundo se aboca hacia la catástrofe, todos los gobiernos de la Tierra darán órdenes tajantes y concretas para un rigurosísimo control de la natalidad...

Hizo una pausa al observar que los cinco delegados y aquel Roy Brynner le miraban fijamente con la censura en los ojos, añadiendo con prontitud para no ser interrumpido:

—Segundo: aplicación, también de forma tajante y rigurosa, de la Eutanasia.

Al oír la palabra «eutanasia», Roy Brynner alzó la mano para reclamar la atención de los reunidos, empezando a decir:

—Perdonen mi ignorancia, pero yo soy un policía y no un científico. Sin embargo, por lo que dice el profesor Bergman, entiendo que todos los gobiernos de la Tierra deben dar órdenes, tajantes y rigurosas según indica, para que se dé muerte a todas las personas taradas que puedan constituir una carga para la sociedad. ¿No es así, profesor?

—¡Exactamente, señor Brynner! ¡Exactamente!

Y al no obtener una rápida respuesta, aprovechó la pausa para añadir:

—Vemos con satisfacción que, aunque reconoce que no es usted científico, sabe lo que significa la Eutanasia, señor Brynner.

—Cierto, profesor. Precisamente por saberlo lo considero una barbaridad, impropia de personas civilizadas...

Aquello era demasiado para el profesor Gunnar Bergman. Se puso en pie, su cabeza se agitó como la de un viejo león, protestando con energía:

—¿Nos está usted llamando bárbaros, señor Brynner?

—Por favor. Le ruego que no emplee el plural, que yo no he utilizado. Sólo usted ha empleado esa palabra.

—Resumiendo, señor policía... ¡El bárbaro soy yo y todos los científicos que hemos llegado a estas conclusiones! ¿No es así?

—No dije tanto, profesor.

Procurando calmar a su jefe, su secretario, Edward Sindrich, alzó su voz para intentar aclarar:

—Creo qué el señor Brynner presume de entender la palabra Eutanasia, pero la interpreta mal. Para su conocimiento, le diré que la «eutanasia» es la muerte sin dolor, provocada voluntariamente con o sin propio consentimiento, con el fin de aliviarla de sufrimientos inútiles y evitar así una descendencia tarada, al mismo tiempo que se libera a la sociedad de un peso muerto,

—Le agradezco sus aclaraciones, señor Sindrich. Pero permítame a mi vez que le haga otras: como policía le recuerdo que, al menos hasta ahora, esas prácticas son consideradas delito.

—¿Y no es delito, y de lesa humanidad, seguir respirando un oxígeno que los seres bien constituidos tanto necesitan?

—No creo que la «racional» eliminación de esos seres que ustedes califican tan gratuitamente de «inútiles» aliviara mucho el problema que se plantea.

—¡Se equivoca nuevamente! —tronó el dueño de la casa—. Ignora que, científicamente comprobado, en la actualidad hay más de un cuatro por ciento de personas taradas en uno u otro sentido.

—Resumiendo, profesor Bergman: de acuerdo con sus cifras y según sus teorías, sería preciso eliminar, «racionalmente», por supuesto, a más de cuatrocientos millones de seres humanos. ¿No quiere decir eso?

—¡Las cifras no importan ni deben impresionarnos! Y menos, cuando se impone el bienestar y la salvación de la mayoría.

Visiblemente irritado, el joven policía insistió:

—Pero, señores..., ¿de veras creen que eso solucionaría el problema?

—Es sólo una pequeña parte del programa, que, se lo repito, y si no me interrumpen más, me dispongo a exponer ante ustedes.

Siempre con suavidad, afablemente, el representante asiático rogó:

—Siga, profesor Bergman, por favor... Gunnar Bergman volvió a encararse con la hoja de papel que tenía en la mano, prosiguiendo con su voz áspera y desagradable:

—Tercero: todos los gobiernos se comprometen, en el plazo del primer quinquenio, a centralizar las industrias nocivas y contaminantes en Marte, Júpiter, Saturno, Urano y los demás planetas y estaciones espaciales susceptibles de capacidad industrial.

El profesor Bergman hizo una estudiada pausa antes de seguir, intentando aclarar a los reunidos:

—Por supuesto, una medida así conlleva el traslado de otros dos mil millones de personas a los lugares donde quedarán radicadas esas

industrias.

—En una palabra, profesor —volvió a terciar el joven Roy Brynner—. ¡Deportación en masa!

—¿También tiene usted algo que objetar a esto, señor Brynner?

—Particularmente, sí, y como representante del Gobierno Universal,, al que todas las naciones de la Tierra aspiran, creo interpretar la opinión de esos organismos internacionales.

—Me va usted a permitir que le recuerde algo, señor policía. Al Gobierno Universal aún no se le ha concedido ningún poder ejecutivo. En una palabra: digamos que ustedes aún están en embrión.

—Me consta que son los gobiernos continentales los que decidirán, profesor Bergman. Pero no creo que aprueben las conclusiones de su reunión de científicos.

—¿Por qué no, si reflejan el bien general y la única posibilidad de supervivencia de la especie humana? ¡Es la única salvación!

—¿Llama usted «salvación» a un crimen colectivo, amparado en la palabra Eutanasia? ¿Por ventura cree que es moral una deportación en masa y gigantesca de dos mil millones de seres que deberán trabajar en otros planetas para el bienestar de los demás?

—¡Bah, señor Brynner! Todas sus objeciones son prejuicios. La Ciencia...

—La Ciencia y la Tecnología no pueden constituirse en los guardianes de los valores morales de la raza humana, profesor Bergman.

—¿Por qué no, señor policía? ¿Sabe lo que dijo el eminente antropólogo alemán Max von Thulin a todos los que estábamos reunidos en Astrea? Pues, con pensamientos realmente clarividentes, nos dijo así: «Sé que definir una nueva ética no entra ni en el papel de la Ciencia ni en sus posibilidades. Pero al menos la Ciencia permite comprobar la falta de nuestro sistema de valores. Por lo tanto, es preciso encontrar otros que se inspiren en la realidad biológica del hombre...»

Satisfecho de su memoria, el profesor Gunnar Bergman respiró hondo, antes de añadir:

—Y yo opino como él al decirles que ningún mito, ningún dogmatismo ni ninguna vieja creencia resiste la evidencia de la ciencia

moderna.

—¿Llama usted mito a la religión y a los conceptos morales que hasta el presente nos han regido, profesor Bergman?

—¿Por qué no? Repito que son viejos prejuicios que nos impiden tomar resoluciones drásticas.

—En modo alguno puedo dudar de su buena intención, de su humanismo concebido en función del aspecto puramente biológico del hombre, profesor. Ciertamente, creo en las conclusiones de todos esos científicos y sé que el mundo se aboca a una catástrofe. Pero permítame decirles esto: ¿Acaso existe un determinismo que nos asegure que todo seguirá con el mismo ritmo que hasta ahora?

—Si no se toman las medidas que proponemos, así será, señor Brynner.

—Aunque así sea, profesor. ¿No le parece que es ir muy lejos predicar que «las evidencias de la ciencia moderna» nos han llevado a una nueva escala de valores morales en la que, por ejemplo, sería lícito el riguroso control de la natalidad y la aplicación rigurosísima de la Eutanasia?

Guardó una pausa para observar a todos los reunidos antes de añadir:

—Ustedes dicen que hay que encontrar nuevos valores morales... Bien: ¿significa esto que debemos abandonar los que nos sirvieron para crear el mundo de hoy, la civilización actual? Eso, con todo lo bueno y lo malo. ¿O les entiendo mal, y esa nueva escala de valores que proponen ha de ser un enriquecimiento de los que ya tenemos? Perdonen, pero yo más bien entiendo que lo que desean es derribar los «viejos prejuicios». Supresión de valores viejos por románticos, inútiles y arcaicos y formulación de una nueva ética, sobre todo basada en la ciencia moderna, que por otra parte pronto dejará de ser moderna para dar paso a «evidencias» nuevas. ¿Puede asegurar que la orgullosa Ciencia de hoy es la Ciencia de las Ciencias? Si se cree que una acción internacional puede llegar a resolver los agudos problemas que anuncian la catástrofe de la raza humana, ¿hay que buscar una nueva escala de valores morales, antes que intentar la solución, seguramente más fácil, por los caminos que moralmente hasta ahora se han venido aplicando?

—Creo que usted divaga, señor Brynner —objetó Gunnar Bergman, algo vencido.

—No, profesor. ¡No divago! Esos valores morales que usted parece despreciar son el resultado de siglos de civilización, de arte, de sentimientos, de comportamientos, Y, además de esto, les digo que por más que hoy se haya acelerado el ritmo de la historia, en pocos días no podemos formular nuevas leyes morales para que sean aceptadas por todos sin remordimientos de conciencia y serios escrúpulos, éticos y religiosos. Y mucho menos, imponerlas por decreto de las leyes que tendrían que dictar los gobiernos, porque eso... eso, profesor Bergman, tiene un nombre.

—¿Ah, sí, señor policía? ¿Qué nombre tiene?

—¡Tiranía!

—¿Ha dicho tiranía, señor Brynner?

—Me ha oído perfectamente. Y he dicho tiranía por que lo es el dictar leyes desde arriba, desde las alturas del mando, para que todos las obedezcan sin consultar.

No había duda que la tensión entre el profesor Gunnar Bergman y el agente de seguridad representante del Gobierno Universal seguía en aumento. Flotaba en la habitación y todos los presentes la sentían.

Era preciso suavizar las cosas, y, levantándose, con una sonrisa en los labios, el secretario particular del dueño de la casa incitó:

—¿Le molestaría explicar ese concepto, señor Brynner?

—Encantado, señor Sindrich.

Y Roy Brynner se dispuso a hacerlo.

CAPITULO V

Tras ampliar lo mejor que supo sus razonamientos, el profesor Gunnar Bergman tomó el relevo a su secretario y contestó personalmente:

—Usted, señor Brynner, y todos los que piensan tan románticamente, afortunadamente no cuentan mucho...

Al desprecio olímpico de estas palabras, Roy Brynner replicó con firmeza:

—En este punto está completamente equivocado, profesor Bergman. En todos los países, en todas las naciones y en todos los continentes, cada día hay más jóvenes que saben reaccionar contra las «verdades oficiales» que desean imponernos cierta clase de señores desde arriba. ¡Desde sus puestos privilegiados!

—¿Ataca usted a los gobiernos constitucionales y democráticos, amigo?

—No hago tal cosa. Censuro que se abuse de esa democracia. Soy partidario de un individualismo, que por otra parte no niega la sociedad, sino que la perfecciona al intentar formarla por personas conscientes que no se dejan avasallar por un Estado acéfalo. Un Gobierno o un Estado acéfalo con potestad para dictar leyes como esa del control absoluto de la natalidad y la aplicación de la Eutanasia.

—Si nuestras conclusiones se aprueban, esas leyes se aplicarán. Usted parece perder de vista algo tan importante como la salvación de la raza humana.

—No lo crea, profesor. Lo tengo bien presente y sé que hay que tomar medidas para defendernos de nuestras propias creaciones. Es más: diré que no hay más remedio que hacerlo. Pero siempre a la medida del hombre, más que a la medida de la sociedad.

—La verdad, no le entiendo. ¿Dijo a la medida del hombre, señor Brynner?

—Eso dije, y se comprende fácilmente, si no se olvida que antes que los gobiernos y los Estados nos hicieran ciudadanos..., ¡Dios nos hizo hombres!

—¡Acabemos! Vuelve usted con los viejos prejuicios y mitos.

—Llámele usted como quiera, profesor. Pero para salvar a la sociedad del futuro no podemos permitir sacrificar ni a un solo miembro de la sociedad actual porque, de hacerlo así, profesor..., ¡sería tanto como caer en el despotismo ilustrado!

—Palabras, señor Brynner. ¡Palabras!

—¡Exacto! —quiso remachar el ayudante del profesor Bergman—. Y lo que hace falta son hechos. ¡Medidas urgentes, por duras que nos parezcan!

—No niego que hay que purificar el aire y las aguas, que hay que construir ciudades habitables, donde la gente no se ahogue y todo esté en pro del hombre. Pero... ¿quieren decirme si de veras creen que son cosas favorables al hombre el control de la natalidad, anulando la sagrada libertad de las parejas que se unen con amor y esperanzas? ¿Es cosa favorable al hombre aplicar la Eutanasia a padres enfermos, madres ancianas, hermanos débiles y a todos los tarados que ustedes dicen sirven de carga a la sociedad?

—Hemos llegado a un punto en que todas esas cosas no deben afectarnos.

—¿Y por qué no lo miran desde otro ángulo? Es verdad que nuestra desbordada tecnología puede destruir el mundo y ya lo está destruyendo en buena parte. Pero... ¿acaso esa depurada tecnología no nos ofrece una gran esperanza? Todo depende de cómo ejecutemos lo que yo llamaría .un gran acto de libertad: o nos sometemos a nuestras propias creaciones industriales, o las dominamos y ponemos la tecnología de nuestra parte.

—¡Bonita disyuntiva plantea usted, Brynner!

—Es una disyuntiva en la cual los valores éticos no son ajenos, profesor.

Como representante del continente americano, el señor Niegel objetó:

—Estoy con usted, señor Brynner. Y creo que lo más grande que puede hacer el hombre es aceptar ese reto.

—¿Qué reto? —intervino Ulumga, el representante africano.

—El señor Brynner lo ha dicho muy claro, amigo. mío. O nos sometemos a nuestras propias creaciones, o las dominamos y las ponemos a nuestro servicio.

—¿Se refiere a la ciencia, a la industria, a toda nuestra tecnología?

—¡Exacto! —volvió a intervenir, más animado, Roy

Brynnner—. Si una ciencia descabellada, una industrialización irracional y una tecnología desbordada nos ha llevado a estos problemas, ¿por qué no encauzar todas esas potencias a resolver esos conflictos?

El gesto olímpico del profesor Gunnar Bergman le obligó a insistir, con nuevos ánimos:

—Repito que yo no soy científico, caballeros. Pero creo que ello es posible. ¿Acaso no hemos creado atmósfera en Marte, en Júpiter y en otros planetas? ¿No viven hombres y mujeres allí, en perfectas condiciones?

—Todo eso se ha creado en muy pequeña escala —le recordó Tokaydo Mimure, el delegado del continente asiático.

—Eso es —terció el europeo—. Apenas para que pequeñas colonias, reducidas comunidades, puedan vivir allí. ¡Y siempre metidos como en urnas de cristal o en galerías subterráneas!

—Lo que propone el señor Brynnner es técnicamente imposible —sentenció el dueño de la casa—. ¡Un sueño más, de los suyos!

—Toda teoría, antes de realizarse, es siempre un sueño, profesor —protestó el aludido.

—Las hay irrealizables, señor policía. ¡Como ésa!

—No lo creo así.

Pero el profesor Bergman ya no le miraba, y dirigiéndose a los otros, dijo:

—Caballeros, creo que, , pese a todas esas románticas objeciones, debemos llegar a una conclusión.

Tras intercambiar una mirada de inteligencia con su secretario, se disponía a seguir, cuando el representante americano alzó la mano:

—Nuestros respectivos gobiernos ya la han tomado, profesor Bergman.

Apremiante, el profesor Bergman incitó:

—¿Y bien, señor Niegel..?

Calmosamente, sin afectarse por la prisa que el dueño de la mansión deseaba imprimirles, el norteamericano empezó:

—Considerando que los sabios, los especialistas y los científicos que se reunieron en Astrea son los cerebros más claros y competentes, en una previa reunión de nuestros respectivos gobiernos continentales acordaron aprobar sus resoluciones al pie de la letra, siempre y cuando las leyes que ustedes propongan tengan el visto bueno del resto de los continentes. Sacó unos documentos y añadió:

—Por ejemplo: deberán conseguir la firma del profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia; la del profesor Leonard Mac Eveet, de la Universidad de Pensilvania; la del biólogo Rossenberg, de la Universidad de Princeton y la del bioquímico Francisco José Fuentes, de la Universidad de Brasilia. Eso por lo que respecta al continente americano.

—¡Las obtendré! Precisamente él profesor Mac Eveet está totalmente de acuerdo conmigo —manifestó, con vivo entusiasmo, el dueño de la casa.

Tuvo que mirar al delegado por el continente asiático, al verle sacar también otro documento para informar:

—Por nuestra parte, estaremos conformes con las firmas del antropólogo Yokame Amause; la del químico Yoshi Kitagawa; la del sabio profesor Kochi Ninamoto y la del astrólogo Osuko Omary.

Al oír el último nombre, visiblemente emocionado, el profesor Gunnar Bergman musitó, sin mirar a ninguno de los presentes:

—Desgraciadamente, me han informado que el profesor Osuko Omary ha muerto accidentalmente cuando viajaba hacia Kioto en su «autódromo». Parece ser que la palanca de elevación no funcionó y, cuando trataba de despegar de la carretera el vehículo coche contra unos árboles...

—Lo sé —dijo también cabizbajo el delegado asiático—. Pero nuestro gobierno continental lo consignó en el documento. Ahora trataremos de elegir a otro representante científico.

—Si me permiten, en Europa hemos elegido a éstos —intervino el delegado europeo—. Irving Ross, de la antigua Universidad de Oxford; Marcel Montang, de la Sorbona de París; Max von Thuli, de la Universidad de Berlín, y Giovanni Parlucci, de la Academia de

Con su voz gangosa, el representante africano leyó los nombres de otros cuatro prestigiosos científicos mundialmente conocidos, añadiendo al terminar la lista que entregó al profesor Gunnar Bergman:

—Nuestro gobierno continental también acepta las resoluciones. Cada país de Africa está dispuesto a contribuir con los gastos que correspondan, con vistas a tomar las medidas que sean precisas.

—Gracias, señor Ulunga.

Aceptó la lista del resto de los representantes, y ya con todos los triunfos en sus manos dijo el dueño de la casa, visiblemente satisfecho:

—Con respecto al capítulo de esos cuantiosos gastos, en la reunión de Astrea me permití formular ante mis colegas una idea que, si en cierto modo parece demagógica, muchos de los cinco mil científicos allí reunidos aceptaron tras algunas deliberaciones.

—Usted dirá, profesor Bergman —invitó el representante europeo.

—Teniendo en cuenta que el resolver estos graves problemas es algo que exigiría muchísimo dinero, aparte de muy buena voluntad internacional de los gobernantes, que deberán emplear mano dura, y dejando también olvidados los problemas morales de la cuestión que tanto padecen haber afectado a nuestro «amigo», el señor Brynner, insisto que propuse una idea que no es desdeñable...

Hizo una nueva pausa para dar más fuerza a sus largos rodeos antes de seguir:

—Se trata de expropiar la fortuna de diez millones de los más. potentados de todo el mundo... En una palabra: obligar a esos hombres riquísimos a contribuir con sus inmensas fortunas, acumuladas precisamente a través de sus industrias, a lo que nosotros consideramos la salvación de la Humanidad. ¡He dicho!

Pero no dejó intervenir a nadie y, con sus manos huesudas alzadas, añadió al instante:

—Por supuesto, a esos diez millones de potentados se les dejarían los medios suficientes para llevar una vida más que holgada, cumpliendo así una doble función. A saber: la de hacerles el «favor» de que con sus riquezas contribuyan al bienestar general, a la par que impedir que, como en muchas ocasiones ocurre ahora con sus

inmensas riquezas, poder e influencias, sean los que en buena parte rijan el futuro del nuevo mundo que pensamos crear, depurando éste en el que vivimos.

El delegado por el continente americano pareció mover la cabeza dubitativamente, objetando con media sonrisa en los labios:

—Opino que es algo muy fuerte, profesor Bergman.

—Sé que en su continente es donde más multimillonarios hay, señor Niegel. Pero repito que hasta ahora es una idea que se podría llevar a la práctica.

—Una justa y genial idea, profesor —aprobó con calor su secretario Edward Sindrich.

—Gracias, querido Edward. Pero, en todo caso, son los gobiernos continentales los que deberán aprobarla.

Roy Brynner había optado por guardar silencio después de su largo alegato, pero tuvo que abandonarlo al oír que el dueño de la casa le preguntaba directamente:

—¿No tiene nada que oponer a esto, señor Brynner?

—Particularmente no, profesor. Por fortuna, no soy multimillonario.

—¿Ha dicho por «fortuna», señor policía?

—Sí, profesor: ha oído usted bien.

—En tal caso, si a ustedes les parece podemos volver a reunirnos con los otros invitados.

Todos se levantaron dando por terminada la importante reunión, aunque objetando el representante europeo:

—Sólo una cosa más, profesor Bergman. Mi gobierno propuso al de los otros continentes que sus propuestas fueran presentadas antes de terminar la exploración del planeta Plutón. Nuestros programas espaciales están trabajando a ritmo acelerado y desearían conocer antes los esfuerzos a que se verían sometidos, para realizar esa posible operación de transportar dos mil millones de técnicos, especialistas y obreros, a los planetas del sistema solar en donde deberán radicarse las industrias nocivas para la atmósfera de la Tierra.

—Les aseguro que pronto conseguiré llegar a un acuerdo con

todos los científicos que ustedes han nombrado. En realidad, las discusiones preliminares ya tuvieron lugar en Astrea y los puntos más importantes se abordaron con toda valentía allí. Sólo nos falta perfilar algunos detalles secundarios, en los que creo que también estaremos todos conformes.

La puerta del gabinete quedó automáticamente abierta y los ocho hombres volvieron a descender en el elevador. La tarde caía y los otros invitados permanecían en la planta baja, bien bailando, charlando en corros formados al azar o cada uno entretenido a su gusto.

La regia mansión del profesor Gunnar Bergman disponía de todos los adelantos modernos y, de quererlo así, cualquiera podía entretenerse viendo los programas de televisión del rincón más apartado del planeta, y hasta sostener una conversación televisiva con los amigos o los familiares que estuvieran destinados en las colonias de los otros planetas.

Simplemente tenían que marcar una cifra y pulsar un mando.

Sí: la ciencia y la tecnología más depurada estaba al servicio del hombre.

Aunque también le estaba matando.

Cada día, cada hora, cada minuto o simplemente cada segundo, esa misma técnica les avisaba, poniéndoles al tanto del grado de contaminación y suciedad en que se anegaba el mundo que, desde la larga noche de los tiempos, el ser humano habitaba.

¿Hasta cuándo se podría seguir así?

CAPITULO VI

Saliendo al paso de su abuelo, Bonnie Gillman se acercó a los ocho hombres que habían estado reunidos al indagar, entre divertida y severa:

—¿Ya terminaron con sus aburridas conversaciones?

Sin lograr sonreír, el profesor Gunnar Bergman comentó:

—Te aseguro que han sido muy «divertidas», pequeña.

La música estereofónica llegaba hasta ellos, filtrándose suavemente por las paredes del gran salón. Roy Brynner se fijó en la muchacha y se dijo que aquella era su oportunidad. Hacía un siglo que no bailaba con una mujer tan hermosa como aquella diosa rubia y con el gesto, empezando a enlazar su talle, solicitó:

—¿Bailamos, señorita?

Al verse ya enlazada por la cintura, Bonnie Gillman indagó a su vez:

—¿Es un ruego, o una orden?

—Lo primero.

—Bien: al menos, dígame con quién tengo el honor de...

—Brynner, señorita... Roy Brynner.

Una voz opaca sonó tras la mujer, anunciando:—Es policía, Bonnie.

Roy Brynner reconoció la voz de Edward Sindrich, el secretario particular del dueño de la casa. Lo había anunciado como si aquello fuese un delito o una advertencia para la muchacha y por eso dijo:

—¿Le molesta que sea policía, señorita?

Bonnie Gillman quedó algo desconcertada, con la boca ligeramente abierta mostrando sus dientes blancos y perfectos, acertando a decir:

—¡Oh, no, señor Brynner! En esta casa siempre son bien acogidos los representantes de la ley y el orden.

Roy Brynner inició nuevamente su sonrisa franca, pero entonces escuchó la voz del profesor Bergman comentar:

—Supongo que está aquí por mi persona, señor Brynner. No por la de mi nieta.

Roy dejó de sonreír y serio y grave, abandonando ya toda tentativa de seguir bailando junto al adorable cuerpo de la mujer, aceptó:

—Así es, profesor.

—En tal caso, sígame: deseo seguir hablando con usted.

El dueño de la casa hizo una ligera inclinación de cabeza ante los otros hombres con los que había estado reunido, y seguido de su secretario particular y del policía representante del Gobierno Universal, caminó hacia el fondo.

Bonnie Gillman también les siguió.

Pero tuvo que detenerse al ver que su abuelo se lo indicaba así con un gesto autoritario, que ella sabía muy bien no podía desobedecer. Por eso se conformó con indagar a los otros hombres:

—¿Quién es?

—¿Se refiere al señor Brynner, señorita?

—Sí.

—No sé... —se excusó el delegado europeo—. Creo que tiene algo que ver con el Gobierno Universal.

En la nueva habitación elegida por el dueño de la casa, al sentarse el profesor Bergman preguntó al hombre alto y moreno:

—Concretamente, señor Brynner. ¿Por qué está aquí?

—Se lo dije, profesor: velando por su seguridad.

—¿Creen que estoy bajo alguna amenaza?

—Es de suponer que sea así. De los cinco mil científicos que estuvieron reunidos en el asteroide Astrea, que hasta ahora se sepa... ¡Ya han sido asesinados doce!

—¿Por qué dice que «hasta ahora se sepa» y afirma que han sido asesinados?

—Me hace dos preguntas, profesor. A la primera contestaré diciéndole que hasta ahora no tenemos una información completa de todos los que asistieron a esa «Conferencia del Miedo». A la segunda es más fácil contestar: no es posible tanta «casualidad», ya que esos doce científicos han muerto... ¡Todos «accidentalmente»!

—Lo cual no confirma que hayan sido asesinados.

—Yo diría más bien «eliminados», profesor.

—¿Por qué eliminados?

—Después de llegar á sus conclusiones, era de esperar otra importante reunión de científicos para llegar a un completo y último acuerdo sobre las medidas a seguir. Bien: en los organismos internacionales del Gobierno Universal, tenemos motivos para sospechar que, con tantos intereses en juego, hay muchos interesados en que tal reunión no tenga lugar...

Se acompañó con el elocuente gesto de sus manos antes de añadir:

—O al menos, en que falten a esa nueva reunión prestigiosos científicos, cuyas opiniones pudieran resultar decisivas.

—Concretemos, señor Brynner. ¿Quiénes creen que se están dedicando a eliminar a esos colegas míos?

—Siento no poder darle la respuesta concreta que me pide, profesor. Tenga en cuenta lo que dije antes. —¡Hay muchísimos intereses en juego!

—¿Por ejemplo...?

—¡Qué sé yo, señor! Los magnates de las industrias... Los grandes trusts comerciales... Esos multimillonarios a los que usted, según su idea, piensa expropiar sus grandes fortuna para la realización de sus proyectos... Luego están los sectores que creen que las medidas propuestas son descabelladas...

—¿Los que opinan como usted, señor Brynner? —intervino el secretario Edward Sindrich.

Volviéndose con rapidez hacia su ayudante, el profesor Gunnar Bergman le fulminó con su mirada, ordenándole secamente:

—¡Cállese, Edward!

—Sí, profesor.

—No... Déjele, señor —terció Roy Brynner—. Tiene derecho a suponer que todos los que piensan como yo se opondrán a esos proyectos. Pero no creo que tales sectores de opinión recurrieran al brutal asesinato.

—¿Por qué no? —insistió Edward Sindrich, pese a la prohibición del profesor—. No hay más que repasar la historia: siempre en pugna los futuristas y los retrógrados. ¡Ya sabrá lo que le pasó a Galileo! O lo que hacían en la Edad Media con los que, adelantándose a su época, proponían alguna idea audaz y original. ¡Los quemaban, acusándoles de brujos!

—Creo que la comparación es excesiva, señor Sindrich —se defendió Roy Brynner.

—Dígame si también cree otra cosa, señor Brynner —intervino el profesor—. ¿Me asesinarán a mí?

—Eso es lo que hay que evitar, señor. ¡Y para eso estoy aquí!

—En una palabra: los del Gobierno Universal creen que alguna organización secreta desea desbaratar otra posible reunión de científicos a escala planetaria. ¿No es así?

—Los hechos lo demuestran, profesor. O al menos, están consiguiendo llenar sus esferas de un miedo y desconcierto.

—Sí... Eso es cierto, señor Brynner. ¡Desgraciadamente cierto! Muchos científicos, al observar lo que les está pasando a sus colegas, no querrán volver a reunirse o rehuirán hablar sobre esas importantes cuestiones.

—Con la aceptación de los gobiernos continentales, ahora esa amenaza queda muy reducida, profesor —anunció Edward Sindrich.

Luego se volvió al agente de seguridad del Gobierno Universal, preguntándole directamente:

—¿Sabe si también están debidamente protegidos esos eminentes veinte sabios que deben firmar el documento en nombre los cinco continentes?

—Lo ignoro, señor Sindrich. Los gobiernos continentales deberían haber informado de esas listas al Gobierno Universal, para que esos veinte científicos estuvieran también protegidos.

—Supongo que, si su organismo decidió protegerme a mí enviándole a usted a mi casa, también habrán pensado en ellos —dijo el profesor Bergman.

—Su caso es distinto, señor.

—¿Por qué es distinto, señor Brynner?

—Usted es una cabeza visible. Nadie ignora que sus ideas, sus teorías, los proyectos que propone desde hace tiempo, son los más destacados y drásticos. Por eso mis jefes no dudaron en enviarme, para...

—¿Cuántos hombres suyos hay en mi casa?

Contestando de forma evasiva, el policía dijo;

—Están mezclados con sus invitados, profesor.

—Doy por sentado que no harán nada que pueda alarmar a nuestros invitados, ¿verdad?

—No tema: todos son agentes especiales. ¡Saben hacer las cosas!

Un ligero zumbido llamó la atención del dueño de la casa y de su recio ayudante Edward Sindrich. Creyeron localizar el leve ruido en la persona del otro hombre que estaba ante ellos y centraron en Roy Brynner la atención. Le vieron levantar la mano donde se suponía debía llevar su reloj, mirar la esfera y tras un leve roce de su índice preguntar, directamente mirando a la diminuta pantalla de televisión donde aparecía el rostro de un hombre:

—¿Sí? Aquí Roy Brynner. ¿Qué pasa, coronel?

Una voz como un susurro, pero perfectamente clara, anunció:

—«Redoblen su vigilancia. El profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia, acaba de sufrir otro "accidente" en Chicago.»

—Bien, coronel. ¡Corto!

Luego, Roy Brynner se volvió a los dos hombres que tenía ante él, su reloj volvió a adquirir la apariencia normal y lentamente les anunció:

—Supongo que ya han oído. Acaban de informarme desde Washington que el profesor Feinberg ha muerto...

Extrañamente, el profesor Gunnar Bergman no se interesó por la

grave noticia y sólo preguntó, señalando con su huesudo índice a la muñeca del hombre que les hablaba:

—¿Ya... ya están funcionando esos «chismes»?

—A escala industrial, todavía no, profesor. Pero Brian Halpin ha conseguido hacer funcionar los primeros modelos.

Nueva expresión de perplejidad en el científico noruego, al musitar:

—Me extraña que el ingeniero electrónico Brian Halpin no me haya comunicado nada sobre su maravilloso invento. En cierta ocasión me dijo que me tendría al corriente y que...

Pareció salir de sus pensamientos y, esta vez con gesto preocupado indagó:

—De forma que... ¿El pobre Feinberg ha muerto también, señor Brynner?

—Sí, profesor Bergman. Eso les dice...

—Es una pena... ¡Una gran pérdida! Feinberg era un cerebro privilegiado.

Gunnar Bergman se dejó caer en uno de los sillones y durante un par de minutos nada dijo, manteniendo sus vivaces ojos sin pestañas cerrados, como si recordase al científico que también había desaparecido. Su secretario Edward Sindrich permanecía fielmente a su lado y se inclinó para tocarle una mano.

—Profesor, yo...

—Por favor, Edward... Ahora le ruego que se calle. ¡Necesito pensar!

Prudentemente, respetando su dolor, Roy Brynner propuso:

—Si le molesta mi presencia, yo...

Al oírle, el anciano pareció salir de su momentáneo abatimiento y con viveza se levantó, protestando:

—No, señor Brynner... No se vaya, por favor.

Roy Brynner quedó extrañado al observar que el anciano le tomaba sus manos, suplicándole casi infantilmente, como un niño desvalido:

—¡No debe dejarme ni un instante solo, amigo mío! ¡Recuerde que debe velar por mi seguridad! ¿O es que quiere que también me asesinen?

—¡Nada de eso, profesor Bergman!

—Pues desde ahora se convertirá usted en mi sombra. ¡No se separará de mí!

—Estoy aquí para eso, señor.

—Bien..., bien..., bien... Debe tomar todas las medidas que considere necesarias. ¡Tiene usted carta blanca en mi casa, señor Brynner! No quiero que esa partida de asesinos retrógrados terminen conmigo. ¡No debe consentirlo, muchacho!

Tanto Roy Brynner como Edward Sindrich se dieron cuenta de que el anciano estaba sufriendo un ataque histérico. El terror se reflejaba en sus ojos sin pestañas, que parecían examinar cada ángulo de la habitación como si armas mortíferas pudieran dispararle desde allí. Sus huesudas manos temblaban y su boca medio abierta, aún con toda la dentadura perfecta, dejaba caer un hilillo de saliva.

—Cálmese, profesor. Nada le pasará. ¿Por qué no se retira a descansar?

Miró a Roy Brynner fijamente como si le viera por primera vez, al decir:

—Sí... sí... ¡Descansar!... ¡Dormir! Creo..., creo que es lo mejor. ¡Tengo sueño! ¡Mucho sueño!

Edward Sindrich se acercó al pedir:

—Permítame, señor Brynner: le llevaré a sus habitaciones.

—Prefiero que usted anuncie a los invitados que el profesor Bergman se retira a descansar. Le acompañaré yo.

—Pero usted... ¡Usted no conoce la casa!

—La conozco, señor Sindrich. ¡Y perfectamente!

—¿Cómo? ¿No llegó con los otros invitados?

—En efecto: pero siempre realizo mi trabajo a conciencia, para saber en qué terreno me muevo. ¿Comprende? .

—¡De acuerdo! Pues si ya sabe hacia dónde quedan las

habitaciones del profesor, súbale... ¡Yo hablaré con Bonnie y sus invitados!

—Hágalo, Sindrich. Pero con mejor cara que la que pone ahora.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—¿Se lo digo...?

Los dos hombres se miraban fijamente y Edward Sindrich algo debió leer en los ojos del alto policía cuando él mismo pidió al retirarse:

—No... No lo diga. ¡Será mejor!

CAPITULO VII

La opinión mundial por fuerza tuvo que agitarse, al tiempo que los distintos gobiernos se vieron seriamente acusados por los medios informativos.

¡Tantos «accidentes» de famosos científicos no podían ser nada casual!

Se decía, y en algunos casos con razón, que los gobernantes, aferrados a sus puestos de privilegio durante sus mandatos, deseaban silenciar como fuera las conclusiones a que habían llegado los hombres más responsables de la ciencia. Las medidas que debían tomarse en vista de la creciente contaminación del viejo planeta eran tan alarmantes, tan drásticas y tan costosas, que las autoridades se resistían a imponer tinos remedios que transformarían de pies a cabeza la civilización industrial, que amenazaba con ahogar a sus beneficiados.

Por otra parte, las organizaciones particulares empezaron a florecer como setas en los bosques, tras los días de lluvia. Unas estaban a favor de las conclusiones científicas y abogaban para que se aplicase con todo rigor, tanto el control de la natalidad como la fría Eutanasia, así como la forzada deportación de los dos mil millones de obreros y técnicos especialistas que se precisarían en los planetas a colonizar, para trasladar a ellos las factorías, las fábricas y los complejos nocivos al aire y las aguas.

Otras de estas organizaciones, fieles a ciertos principios morales a los que se aferraban, rechazaban tales medidas que denigraban al hombre, condenando su alma.

En el punto medio, otras organizaciones aceptaban el riguroso control de la natalidad, con serios castigos para los matrimonios que no lo cumplieran, pero negando el derecho a las autoridades para que fuese aplicada la ley de la Eutanasia.

Sencillamente, les parecía monstruoso sacrificar como a reses a todos los seres tarados por una u otra enfermedad o deficiencia física.

La discusión de estos puntos resultaba realmente tan desagradable y compleja, como enmarañada.

¿Qué autoridad sanitaria se convertiría en verdugo de millones y millones de seres humanos? ¿A qué departamento le tocaría elegir a los que debían sacrificarse? ¿Tales medidas, hasta dónde alcanzarían? ¿La Eutanasia a quién se aplicaría? ¿Sólo a los enfermos y a los tarados, o también a los ancianos, a los niños raquíuticos, que posiblemente algún día podían tener curación?

Todo era un enorme lío...

Las derivaciones eran múltiples y las había para todos los gustos. Organización había que vociferaba que la aplicación de la Eutanasia se convertiría no sólo en un crimen monstruoso y colectivo, legalizado, sino también en fuente de mil abusos. El odio particular,

los intereses, la Codicia, la trampa, el fraude y el engaño podían enviar al matadero a inocentes.

Un enfermo, quizá con posibilidades de total curación, podía ser sentenciado inhumanamente. Un tarado, un defectuoso físico cuya descendencia posiblemente fuese perfecta, se convertiría igualmente en una víctima. Además: un hombre que padeciera del hígado, bien podía tener un cerebro muy privilegiado, capaz de grandes realizaciones que con el tiempo beneficiasen a toda la Humanidad. ¿O no...?

En este orden, la escala era interminable.

Por lo que respecta al riguroso control de la natalidad, ¿no conllevaría a que la Tierra se convirtiera en el habitáculo de seres viejos y caducos, por más ciencia que llevasen almacenada en sus mentes? ¿No era reprimir, anular, la facultad creativa más superior de la especie humana?

¿Qué se hacía con el mandato divino de «creced y multiplicaos»?

La ley de deportación en masa era tema de discusión a todos los niveles, aunque menos candente. No obstante, presumible era que ninguno o muy pocos de los técnicos y obreros especializados que se precisaban quisieran ser trasladados a los otros planetas. Aquí también entraba el terreno de la caprichosa discriminación, que se prestaba al fraude, al engaño, a las recomendaciones y a toda clase de abusos.

Sí: los cinco gobiernos continentales estaban atravesando una aguda crisis.

Cada día perdían autoridad.

Se les censuraba desde todos los ángulos y sus representantes no

podían hacer otra cosa que defenderse como podían. Los órganos informativos agitaban la opinión pública, pero no, daban tampoco soluciones. : Pero lo que sí era demostrable era que la Tierra estaba cada día más contaminada.

¡La Tierra agonizaba!

La antigua frase shakesperiana se imponía: «Ser o no ser. ¡Esa era la cuestión!»

¿Qué se hacía? ¿Se dejaba que todo siguiera igual, conscientes todos de que, tal como ya corría la versión, el género humano se extinguiera como los dinosaurios?

Muchas madres, aterradas, medían cada mañana el perímetro torácico de sus pequeños, para comprobar si era cierto que los pulmones de sus hijos se dilataban en busca de un oxígeno cada vez más enrarecido. En algunos pueblos remotos se llegaba hasta apedrear a los hombres de tórax generoso y espaldas anchas, haciéndoles responsables de consumir más cantidad de aire del que lógicamente les pertenecía.

¡Era el caos!

Y aquí también la escala de anécdotas resultaba interminable.

A veces hasta trágicamente graciosas.

Una de las organizaciones más pujantes y poderosas floreció mantenida por los multimillonarios, para defender sus «sagrados intereses». Periódicos, revistas, semanarios, audiciones por radio y cadenas de televisión, se sucedían subiendo al púlpito tal o cual favorecido por la fortuna, esforzándose por explicar su autobiografía. Por supuesto, los poderosos magnates, antes de acumular sus millones, habían sido siempre «simples obreros»; que con el esfuerzo de su trabajo y su tesón, habían sabido crear un imperio que ahora, en virtud de unas leyes caprichosas, se les intentaba mermar.

¡A tales cosas no había derecho! ¿Dónde quedaba entonces la iniciativa del hombre y su capacidad creadora?

Eso era quitarles el mayor incentivo. Era anular su afán de superación. Nadie en el futuro se esforzaría por crear y acumular cosas que, seguramente, en un nuevo cielo, algún día se las quitarían.

Otros de estos multimillonarios, más magnánimos o astutos, ofrecieron soluciones intermedias con respecto a la expropiación de sus fortunas. ¿Que la Humanidad necesitaba realizar grandes gastos

para llevar a término el programa que exponían los científicos? Bien: ellos estaban dispuestos a ceder la mitad de su capital, pero con un interés pagadero más adelante, cuando superada la crisis esa misma Humanidad hubiera creado más fuentes de riqueza en los otros planetas del sistema solar.

Una cosa así se les antojaba más justa.

Y más provechosa, claro está...

Además de todo esto, en la liza entraron también los colonos que ya vivían algunos desde generaciones atrás, en los otros planetas.

Sencillamente, se negaban a aceptar una invasión de dos mil millones de seres cansados y caducos, semejantes a los audaces pioneros del Oeste americano que llegarían allí si no con viejas carretas tiradas por caballos, en modernísimas astronaves.

Y todos dispuestos a empujar, a conquistar un sitio para el óptimo desarrollo de sus particulares egoísmos y sus podridas vidas.

¡Que se quedaran en la vieja Tierra!

¿No habían estado siempre presumiendo los nacidos en la Tierra, menospreciando los de las colonias planetarias? ¡Pues que siguieran allí cociéndose en su propio caldo!

Lo malo es que era cierto que los habitantes de la Tierra empezaban a «cocerse», a triturarse, a destrozarse. En muchos puntos industriales, los propios obreros atacaban a las fábricas con palos, uñas y dientes, convertidos en hordas alocadas ansiosos de destruir lo que para ellos representaba el enemigo mayor: los humos de sus fábricas, sus factorías y los enormes complejos industriales, que con sus detritus y sus basuras amenazaban terminar con la atmósfera que necesitaban respirar.

Concretamente no se sabía quiénes eran los responsables, pero aquí y allá, estallaron los conflictos, los incendios y los gigantescos sabotajes. En Siria fueron volados millares de kilómetros de oleoductos, para suprimir el petróleo que, consumido por los transportes y los complejos petroquímicos no hacían más que aumentar la contaminación.

En la docta Alemania, de la noche a la mañana y sin solución de continuidad, desaparecieron industrias químicas que habían sido el orgullo de la nación. Se intensaba terminar de una vez con los nocivos residuos que, año tras año, cada vez en aumento, iban a parar a los

grandes ríos donde morían los peces por millones.

En Rusia, durante más de una semana el río Volga se convirtió en un interminable mar donde flotaban los restos de lo que habían sido industrias pesadas, de enorme rendimiento. Parecía que la locura colectiva se había desatado en el viejo y gastado planeta. Cada organización obraba y hacía obrar a sus simpatizantes, de acuerdo con las convicciones que postulaba. Era preciso tomar serias medidas y las autoridades locales, en muchos casos, las tomaron.

También, claro está, estas medidas fueron según la autoridad que las dictó.

En este capítulo también se cometieron muchos abusos y barbaridades, que sirvieron para echar más leña a la gigantesca hoguera que se estaba gestando.

Tan gigantesca, que un humorista escribió en una revista:

«No nos preocupemos porque, a este paso, tendremos oxígeno suficiente para todos. Cada día mueren por este motivo más de medio millón de seres que dejan de respirar. En Gambia, las autoridades se liaron a tiros contra una muchedumbre que protestaba y las calles quedaron llenas de cadáveres. ¡Alegrémonos, hermanos! ¡La "civilización" marcha hacia su solución final! ¡Ya está cerca!»

Y ya se sabe: viejo como el tiempo es aquello de que, «a río revuelto...»

La tierra, los ríos y hasta el mismo mar estaban tan revueltos, que los aprovechados hicieron su «agosto». La criminalidad aumentó amparándose en todos estos conflictos, o quizá, como intentó explicar un Sociólogo que más tarde terminó suicidándose, empujado por la misma desesperación. Por la creencia de que, como se iba a terminar el mundo, preciso era poner en práctica todos los gases antes de que todo terminase...

Por criminalidad se entiende todo lo que significa olvido absoluto de la moral, dejando sueltos los instintos: esa fiera que muchos aseguran todos llevamos dentro.

Al respecto, un antiguo poeta inglés lo había dicho con frase lapidaria: «La mujer es extremosa: por eso siempre es mucho mejor que el hombre..., ¡o mucho peor! No conoce los términos medios y posiblemente por eso todas las pasiones tienen nombre femenino. La Codicia, la Maldad, la Ambición, la Lujuria, la Avaricia, la Ira, la Cólera, la Lascivia, la Mentira, la Envidia...»

¿Para qué seguir?

El desenfreno de muchas mujeres trajo también serias y graves consecuencias, y no sólo precisamente en el orden familiar, local o particular, con toda la variada gama de conflictos. Trascendió a las altas esferas y puede decirse que fueron quienes más gritaron, quienes más protestaron, quienes más opinaron, quienes más hicieron y, también, quienes menos soluciones dieron...

Relajada su moral por todo esto, el resto fue un caos en muchos sitios. Las autoridades poco podían hacer en medio de tal caos, temerosas siempre de complicar aún más las cosas.

Parecía que no había más que una solución: ¡seguir esperando el lento y trágico final!

CAPITULO VIII

Sin embargo, era preciso tomar una resolución.

Al menos para terminar de una vez con aquella alarmante matanza de científicos que, aquí y allá, siempre de una forma aparentemente «accidental», iban desapareciendo.

Los cinco representantes continentales nuevamente se reunieron y la decisión fue unánime: enviar a los modernos laboratorios de Marte a gran número de ellos, al menos hasta que se calmaran los ánimos y fuese superada aquella histeria colectiva.

Se suponía, y en esto estaban de acuerdo muchas de las autoridades, que sociedades secretas de criminales movidas y alimentadas por tantos intereses como entraban en juego, se habían propuesto terminar con los hombres notables que, bajo el peso de sus conocimientos podían o no determinar a que mundialmente se tomaran las drásticas medidas que a la cabeza de todos propugnaba el profesor Gunnar Bergman.

Equivocadamente consideraron que una expedición de los más eminentes científicos al mundo exterior, pondría fin a la ola de escandalosos «accidentes» que, más o menos solapadamente, venían sufriendo aquellos hombres. Por el momento la Humanidad no podía prescindir de aquellos cerebros privilegiados, que podrían seguir investigando en las modernas instalaciones marcianas, con una seguridad mayor.

Por supuesto, este traslado masivo crearía nuevos conflictos, sobre todo en dos fundamentales sentidos: el directivo y el particular, al verse ciertas industrias, ciertos centros de enseñanza y ciertos laboratorios afectados. Y el particular al «obligarles», con vistas a su propia seguridad, al traslado al nuevo planeta en el que tendrían que adaptarse a vivir, con o sin sus familiares.

En este punto se les dio a elegir.

Las listas fueron confeccionadas en orden a la capacidad de cada uno en las múltiples ramas de la ciencia. Esta cuidada selección fue motivo de nuevos debates y discordias. Era natural, pero por otra parte resultaba chocante ver cómo algún sabio eminente que había acumulado durante su brillante carrera premios y menciones

honoríficas, negaba su valía e insistía en que él era un pobre diablo que apenas sabía que nada sabía...

Aducía que tal o cual compañero estaba mucho más capacitado, y que, por lo tanto, a él le tenían que olvidar.

Ignorarle y dejarle tranquilo.

Concretamente, a Sabilus Petrovich, creador de un nuevo concepto de la Cosmogonía y galardonado por todas las academias del mundo, fue preciso irle a buscar a su aldehuela del límite oriental de la península rusa de Kamchotka.

Sabilus Petrovich tuvo que resignarse y fue concentrado con sus otros compañeros en la antípoda del punto donde le habían localizado: en la Tierra de Fuego, al límite meridional del continente americano, allí donde terminaban Chile y la Argentina, donde estaba situado el cosmodromo desde el cual tendrían que partir para Marte.

Al respecto y haciendo referencia a esta búsqueda afanosa de eminentes científicos, un periodista quiso hacer una frase graciosa y su artículo lo encabezó con este titular: «La caza de los brujos.»

Bien estaba que a aquel periodista aún le quedase capacidad para hacer chistes y sonreír. Ya se ha dicho que mientras el ser humano ría, es prueba evidente de que j aún le queda un átomo de alma pura...

Pero el alma de todos los seres vibró entre el asombro, el terror y la perplejidad, cuando la noticia se propagó a los cuatro vientos y hasta en Marte se enteraron de que ya no tendrían que recibir a todos aquellos hombres, luminarias esperanzadoras de la doliente Humanidad.

El edificio donde estaban concentrados para esperar a los compañeros que estaban siendo «cazados», explotó en mil pedazos, desintegrando aquel bárbaro, y sorprendente sabotaje a todo lo que había alrededor en muchas millas a la redonda.

Posteriores investigaciones intentaron aclarar las causas: la explosión se debió al estallido de un sinnúmero de bombas atómicas de relojería, que habían entrado en fusión sincronizadamente, para la desintegración en cadena.

Lo que importaba era el balance aterrador. La muerte de todos aquellos hombres y la de muchos de sus familiares, que esperaban allí para ser trasladados con ellos al planeta vecino. Y, en último término, el hecho concreto de que poderosas fuerzas ocultas estaban actuando

y llevando las cosas hasta un límite extremo.

El profesor Gunnar Bergman quedó como anonadado y cruzando sus huesudas manos sólo acertó a musitar:

—Hoy el mundo entero estará de luto...

Contemplándole, el agente de seguridad representante del Gobierno Universal, Roy Brynner, sintió pena. Aquel hombre anciano debía sentirse profundamente abrumado. El había sido uno de los promotores de la expedición de sus queridos colegas, y en aquellos instantes debía considerarse, en cierta forma, responsable de la gran catástrofe.

Su nieta Bonnie Gillman no fue capaz de hacerle tomar ningún alimento y Roy Brynner mismo fracasó, cuando, consolándole, le dijo que no debía sentirse culpable; ante sus argumentos el anciano hombre de ciencia rechazó:

—Nada de lo, que me diga mitigará mi dolor, querido Roy. He tratado personalmente a más de la mitad de esos científicos. Conocía su honrada forma de ser, sus elevados conceptos, su aportación desinteresada a este miserable mundo en que vivimos y los esfuerzos que estaban haciendo para encontrar el justo remedio al gran problema con el que todos nos debemos enfrentar.

Hizo una pausa antes de añadir con mayor pesadumbre: .'

—Y ahora... ¡Todos convertidos en polvo! ¡En átomos que vagarán por la atmósfera, recordándonos que el hombre, el ser humano que orgullosamente se llama Rey de la Creación, no es nada!... ¡Nada en absoluto!

Tras aquel estallido de dolor, vino la explosión de su cólera, maldiciendo y renegando de los cerebros obtusos y tercos que pretendían, mediante el crimen y el asesinato, hacer fracasar lo que él proponía.

—¡Imbéciles y cretinos, además de canallas! —rugió con su voz áspera y desagradable—. ¡Ciegos egoístas, que no miran más allá de sus menguadas narices! Calculan que ellos están muy bien en este mundo y que podrán seguir respirando en la Tierra hasta el fin de sus inútiles y podridas vidas, llenas de ambiciones, errores e insanas apetencias.

—Por favor, abuelo... —suplicó la muchacha rubia.

Pero Gunnar Bergman la fulminó con su ira desatada,

ordenándole:

—¡Calla, Bonnie! ¡No pretendas calmar el volcán que me ruge dentro! Quienquiera que haya organizado esa bárbara matanza, no es más que eso. ¡Un imbécil! ¡Un cretino y un estúpido!

—Se abrirá una investigación a escala mundial, que llegará hasta las últimas consecuencias —le anunció Roy Brynner.

—¿Y qué se adelantará con eso, Roy? —volvió a rugir el anciano—. ¡Nada! Caerán en la red los peces pequeños, los ejecutores materiales, en todo caso. ¡Simples peones sin importancia! Escoria pagada, nada más!

—Ellos nos llevarán a los verdaderos autores.

—Pues no pierdan tiempo, Roy. ¡Búsquenlos entre esos sucios y egoístas magnates de la industria! ¡Entre los apoltronados multimillonarios! ¡Entre los miopes conformistas que desean que nada cambie! ¡Entre los cobardes que, cubriéndose con la capa de la honorabilidad, con los andrajos de una moral ya caduca y corroída, pasada de moda, aseguran que la Eutanasia es un crimen y una coacción de la libertad el lógico control de la natalidad!

—Por favor, profesor Bergman. Sabe que yo...

—¡Sí, Roy, sí! —le interrumpió al escucharle—. ¡Búsquenlos ahí! Entre esa gente de cerebro de hormiga. Entre esos falsos «héroes» que, al socaire de una ñoña solidaridad humana, prefieren morir juntos, como un rebaño de reses sin criterio ni inteligencia, antes que sacrificar a los inútiles compañeros de viaje, que frenan el progreso de la especie.

Era mejor dejarle desahogarse y, tanto su nieta Bonnie como su secretario particular Edward Sindrich, se lo dijeron a Roy Brynner. Por eso guardó silencio al escuchar que el anciano seguía:

—Busquen a los responsables entre las esferas gubernamentales reacias a las medidas que propongo. Entre los ministerios y departamentos de espíritu conservador. Entre muchos de los grandes líderes populares, que bien sentados en sus cómodas poltronas, aferrados como avaros a los abundantes comedores que les dan sus cargos, se sienten inmovilistas y tampoco quieren que nada varíe. ¿Qué les importa a ellos el bienestar futuro de las próximas generaciones, si ya no sentirán hambre en sus voraces estómagos ni deseos desenfrenados para colmar su repugnante lascivia? ¿Por qué inquietarse de que la Tierra se convierta en una manzana podrida,

llena de gusanos agonizantes, si ellos ya expiarán sus pecados en sus tumbas? Piensan que no vale la pena perder el sueño por los que nos seguirán. Para decidir una cosa como la que mis colegas y yo les proponemos se necesitan agallas y bríos. ¡Y los cobardes, las lombrices nunca deciden! ¡Se dejan llevar, que es más, cómodo!

Algo molesta por aquella larga serie de imprecaciones, la muchacha decidió replicar a su abuelo:

—No debes hablar así, acusándoles a todos. Sabes que muchos gobernantes esperan vuestras conclusiones para decidirse a obrar. ¡Te lo han prometido!

—Sí, Bonnie; pero otros ponen trabas, barreras y objeciones. ¡No sé a qué esperan para convencerse!

—Te lo he dicho, abuelo. ¡La firma de un ultimátum de la ciencia!

—¿Y cómo conseguir esas firmas, esa autoridad científica, aprobada por los mejores, por los más dignos de crédito, si los van eliminando?

—Quedas tú y otros muchos, abuelo.

—¡Ay, hija mía! ¡Ruega para que nos oigan a tiempo! Para que se muerdan su orgullo y admitan que nosotros, que hemos quemado nuestras pestañas para llegar a las auténticas realidades, les indiquemos el camino a seguir. ¡Rogad todos para que sea así!

Su huesuda mano se agitó en el aire con gesto elocuente de que deseaba estar solo, musitando, al ver que su secretario también se disponía a salir:

—Tú no, Edward, por favor. Inyéctame... ¡Hoy necesito más que nunca eso para superar este trance!

—Sí, profesor.

Roy Brynner y la muchacha rubia salieron del gabinete del anciano sabio, escuchando el policía que Bonnie Gillman musitaba:

—¡Pobre abuelo! Todo esto le va a matar.

CAPITULO IX

Roy Brynner siguió a la muchacha hasta la terraza giratoria que seguía el curso del sol. Hasta ellos llegaba la refrescante brisa marina y cerca de la piscina con agua climatizada preguntó a la nieta del dueño de la casa:

—¿Qué se inyecta su abuelo, Bonnie?

—No lo sé.

—Me temo que tendré que preguntárselo. No olvide que, ante mis superiores del Gobierno Universal, soy responsable de la vida de su abuelo.

—Creo que son hormonas. A mi abuelo siempre le ha asustado la vejez.

—Aparte de que Edward sea el secretario de su abuelo y el novio de usted, ¿es de total confianza?

Bonnie Gillmar dejó de andar para mirar directamente al hombre alto que caminaba junto a la piscina cerca de ella.

—Edward no es mi novio, señor Brynner. Y en cuanto a si es de toda confianza, le diré que sí.

—¿Le conocen desde hace mucho? —siguió Roy Brynner, tras breve sonrisa.

—Sí. Edward fue discípulo de mi abuelo.

—Tengo entendido que el profesor Gunnar Bergman ha viajado mucho. Me dijeron que ha pasado largas temporadas en los planetas.

—Así es, pero Edward estudió en Marte.

—Perdone mis preguntas, señorita Gillman. Pero es que... ¡el otro día intentaron asesinar a su abuelo!

—¿Cómo? ¿Es eso cierto, Roy?

—No se asuste, pero lo es. Todos los días uno de mis hombres analiza los alimentos que le sirven y... Un ponche que pidió a media tarde estaba envenenado.

—¡No es posible!

—Contenía una fuerte dosis de curare, antiguo veneno producido en la zona amazónica, desde hace muchos siglos.

La muchacha rubia estaba tan excitada, tan alarmada y confusa, que tomó el brazo del hombre y protestó, clavando fijamente sus pupilas azules en él:

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué lo ocultó, Roy?

—No quería alarmar a nadie. ¡Es mejor así!

—Al menos, supongo que averiguaría quién lo intentó.

—Lo siento, no fue posible. Lógicamente, envié a Luck Kelly a investigar entre la servidumbre, concretamente en la cocina, dónde habían preparado el ponche.

—¿Y qué...?

—¡Nada! Por lo visto, el responsable... ¡Ya había «muerto»!

Nueva alarma en la muchacha al decir, recordando y deduciendo:

—¡No me diga que fue Amunsen, el ayudante del cocinero!—
Debió ser él, aunque todos ustedes sigan creyendo que, según el dictamen médico, falleció de un repentino ataque al corazón.

—¡Pero si la doncella Bibi Bjornstad e Ingerson le vieron caer en el office! Todos sabíamos que Amunsen sufría frecuentes ataques al corazón. El médico mismo nos dijo que...

—Su médico sí, Bonnie... El nuestro, no.

—¿Qué quiere decir, Roy?

—Uno de mis hombres, Sam Beecher, es licenciado en medicina. Posteriormente él le hizo la autopsia y encontró partículas de curare cerca de la vena aorta.

Al oírle, la muchacha rubia fue a retroceder.

—Tengo que decírselo a mi abuelo y a Edward. ¡Una cosa así deben saberla!

Pero la mano masculina atrapó al vuelo, el antebrazo femenino, reteniéndola al aconsejar:

—¡Quieta! ¿Quiere estropear nuestro paciente trabajo?

—¿Pretende seguir ocultándolo?

—Pretendemos «cazar» al asesino. Al que intentó eliminar a su abuelo y al que mató a su criado. ¡Eso es todo, Bonnie!

—Pero... ¡Es horrible! ¡Eso significa que el asesino debe rondar todavía por aquí! Quien sabe si cualquier noche, si lo intenta otra vez...

—Lo intentará y espero que él nos lleve a los jefes de esta vasta conjura contra los científicos.

Bonnie Gillman le miró desagradablemente, al tiempo que pugnaba por soltar su brazo de la mano masculina que la retenía:

—Eso es tanto como tenernos a todos como sus conejillos de India, Roy. ¡Y todo para que sus jefes le feliciten por su trabajo! ¡Es usted odioso!

¿Qué podía hacer? ¿Devolver el insulto?

No lo hizo y a su vez, dejándose llevar por lo que hacía días ansiaba decirle, Roy Brynner replicó:

—Usted es muy bonita, Bonnie... ¡Endiabladamente bonita!

—¡Suélteme! Me está haciendo daño en el brazo.

—La soltaré, si promete guardarme el secreto.

—No lo prometo. En todo caso, no debió confiar en mí tampoco.

—Ya lo hice... y espero no arrepentirme, Bonnie: se lo pido por la seguridad de su abuelo y... también por la de todos.

—¿Qué quiere insinuar?

—Que si el asesino o los asesinos se enteran de que sabemos algo, es posible que se decidan a emplear otros métodos más directos y violentos.

Bonnie Gillman comprendió que por el miedo debía dar su promesa. Guardó silencio y Roy Brynner añadió:

—Me refiero, por ejemplo, a pequeñas «bombitas» atómicas, como las que emplearon en...

—¿Se refiere a ese gigantesco sabotaje ocurrido en la Tierra de Fuego?

—Igual, Bonnie. ¡O bombas más perfeccionadas! ¿Sabe que hoy en día pueden construirse del tamaño de una linda perla?

La mano masculina ya había soltado el brazo de la muchacha, pero para ir hacia el collar de perlas naturales que contrastaban con la tostada y sedosa piel de la muchacha al añadir:

—Por ejemplo... alguna de éstas podría ser un artefacto mortífero.

Bonnie Gillman retiró su busto, protestando entre divertida y ofendida:

—¡Qué cosas tiene, Roy! Todos los policías son iguales. ¡Desconfiados por naturaleza!

—Por naturaleza no, Bonnie. ¡Por oficio! ¿No me permite que examine su lindo collar?

La respuesta fue tajante. Y en aquellos instantes Bonnie Gillman no desmentía su parentesco con su abuelo, el serio, grave y poco diplomático profesor Gunnar Bergman:

—¡No! ¡No se lo permito!

—Como quiera, pero al menos prométame guardar el secreto de todo lo que le he dicho.

—Bueno... Si de veras eso contribuye a la seguridad de mi abuelo y a la de esta casa, yo...

—¿Prometido, Bonnie?

—Prometido, Roy.

Se estrecharon las manos hasta con cierta solemnidad. Pero Roy Brynner tenía la certidumbre de que aquellos grandes ojos azules le estaban mintiendo y que no tardaría en comprobarlo.

Sólo sería cuestión de esperar.

Por eso a partir de aquel día montó su red, tal como le habían enseñado en la Escuela de Adiestramiento de la Policía de Seguridad, dependiente del Gobierno Universal. Dejó a sus hombres, cada uno pendiente de su misión, y tras una excusa ante los dueños de la casa se trasladó directamente a Australia, al desierto de Victoria, en donde aterrizó el cohete intercontinental que apenas tardó una hora desde Noruega al continente austral.

Y eso porque, para superar varias veces la barrera del sonido,

tales vehículos debían emplear varios minutos en ganar altura suficiente para que su portentosa velocidad no resultase molesta, ni para los pasajeros al viajar en la atmósfera menos densa, ni para la tupida red de vuelos convencionales que prácticamente cubrían el espacio inferior.

El coronel William Dotroret le esperaba en la Base de Meckatharra y, tras escuchar su informe, le atajó:

—¡Imposible, Roy! El profesor Gunnar Bergman es digno de toda confianza.

—Sólo he adelantado una hipótesis, coronel. ¡Y no me diga que no tiene fundamentos!

—Lo siento, Roy; pero repito que no es posible. ¡Y no tiene fundamentos! Al menos fundamentos sólidos.

El coronel William Dotroret hizo una pausa antes de intentar razonar:

—Sé que no eres partidario de las teorías del profesor Bergman y es posible que eso te haga conceptuarle mal. Es un científico puro y...

—¡Ahí está, coronel! ¡Ese viejo loco está borracho de ciencia! Ha llegado a estudiar tanto, a saber tanto y a sublimarse de tal manera, que él mismo se considera a cien atmósferas de los simples y vulgares mortales. A su misma nieta la trata como si fuese una insignificable hormiguita. Para Gunnar Bergman, el sabio, el inteligente, el galardonado profesor, dos veces Premio Nobel y con cientos de medallas y méritos, todo lo que no sean sus peregrinas teorías no importa. Se cree por encima del bien y del mal. O para repetir sus propias palabras que usted podrá observar están llenas de indomable soberbia: «Ningún mito, ningún dogmatismo, resiste a la evidencia de la ciencia moderna...»

—De todas formas, mezclarle a él en esta misteriosa conjuración contra sus propios colegas, resulta absurdo, Roy.

—No lo es, coronel. He estudiado a fondo el asunto, he investigado y me han ayudado otros muchos a hacerlo en todas las partes del mundo.

—¿Y el resultado, muchacho?

—¡Sorprendente, coronel! Para empezar, ¿sabe que el profesor japonés Osuko Omary se opuso en la conferencia de Astrea a las afirmaciones categóricas que emitía el profesor Gunnar Bergman?

—Eso nada quiere decir.

—Coincide con que el biólogo alemán Reader, también asesinado, hacía lo mismo. Y con las opiniones del profesor Feinberg, de la Universidad de Columbia. Y con las del ruso Sabilus Petrovich, recientemente «eliminado» en compañía de muchos compañeros, seleccionados «precisamente» para' ser enviados a Marte... ¡Y seleccionados por Gunnar Bergman, coronel! ¿No le dice nada esto?

—¡Diablos, Roy! Si pones las cosas así...

—No las pongo, coronel. ¡Son así!

—Bueno... Nosotros también hemos investigado, muchacho.

—Dígame el resultado.

El coronel William Dotroret estuvo examinando unos documentos antes de informar:

—Bien: reconozco que hay un porcentaje elevado de científicos muertos en estas últimas semanas que...

—¡Siga, coronel!

—Que también, en alguna que otra ocasión, se mostraron contrarios a las teorías de ese sabio noruego.

—¿No le dije, señor? ¡Ese hombre tiene algo que no me gusta!

Con la mano alzada pidiéndole prudencia, el coronel solicitó:

—Por favor, Roy. Eche el freno: a un hombre como Gunnar Bergman no hay que juzgarle por simpatías personales.

—De acuerdo, pero... ¿Sabe que tiene un pasado algo nebuloso?

—Y un historial en los últimos años magnífico, muchacho. Ha viajado por todo el sistema inaugurando laboratorios, centros de investigación y regando todos los planetas con su ciencia y sus conferencias. ¡Una labor infatigable y asombrosa!

—¡Cierto!. Pero destilando siempre, aquí y allá, sus gotitas de amargura. Su rencor y su veneno contra las mujeres, por ejemplo. ¡Y contra los hombres y la raza humana, en general!

Vio el asombro en el rostro de su superior y aclaró:

—Me he procurado alguno de sus discursos y conferencias, y en

todo he visto algo de eso. ¡Los estudié a fondo!

—Es conocida su actitud, Roy. Detesta a la gente

inútil, a los que para nada valen. De ahí que proponga la implantación de la ley de la Eutanasia.

—¡Buena Eutanasia le aplicaba yo a él! La predica, y se le cae la baba de viejo. ¡Ya no puede con sus calzones! Hasta tiene que inyectarse hormonas.

—Eso no es ningún delito. ¡Muchos lo hacen!

—Su esposa le abandonó, después de tener, un, hijo, el padre de Bonnie.

—¿Bonnie? —sonrió el coronel intencionadamente—. ¡Cuánta familiaridad, muchacho! Creo que deberías decir «la señorita Gillman». ¿No te parece?

—Como quiera; pero vaya otro tanto a mi favor. En la circular que envió a sus colegas para concentrarse en el astródromo de la Tierra de Fuego, les comunicaba que él encabezaría la expedición a Marte, donde estudiarían en aquel retiro todos los peligros sobre la contaminación. ¡Y no lo hizo!

—Eso es público, Roy. Posteriormente tuvo que cambiar de idea para una nueva entrevista con los delegados continentales.

—Lo sé. Para quedar de acuerdo con la redacción del documento. Pero también es posible que para salvar su viejo pellejo de la quema.

—Eso es tanto como presuponer que él sabía lo del gran sabotaje.

—Pues presupóngalo, coronel. Le resultará más fácil ver las cosas tal y como ya las huelo.

—¡Eres terco, Roy! Aceptar eso implica muchas cosas. Una de ellas, que el profesor Gunnar Bergman ha montado una gigantesca confabulación mundial, ya que sus presuntos agentes han obrado, aquí y allá, en los sitios más remotos y distantes.

—Usted sabe que esa confabulación existe, coronel. Nosotros no podemos creer en la «casualidad».

—Lo admito, pero..., ¿no va contra sus propios programas ir eliminando a sus colegas científicos?

—No, si en la mayoría de los casos fueron hombres honrados que

se oponían a sus teorías.

—Los hay que no.

—Simple camuflaje, coronel.

—Eso sería monstruoso, Roy. ¡Maquiavélico!

—Ese hombre es maquiavélico, señor. Hombres de la talla de Gunnar Bergman no obran sin premeditación. Atan todos los cabos, valiéndose precisamente de su desarrollada inteligencia. ¡Están en todas!

—¿Y qué gana ese hombre con eso?

—La opinión mundial. ¿Le parece poco? La gente está empezando a pensar que, si alguna organización misteriosa está empeñada en hacer fracasar la implantación de las teorías de Gunnar Bergman, por algo será. Añada a esto que muchos científicos opinan como él, siendo ahora mayoría una vez eliminados los otros. De eso a tener todos los triunfos en las manos, sólo hay un paso.

Roy Brynner se detuvo para cobrar aliento antes de insistir:

—Ya sé que es muy fácil caer en la trampa. ¡Hay tantos sectores que la gente sabe están contra él! Los multimillonarios, los magnates de las industrias, los trusts comerciales que tendrán que cerrar y trasladar sus factorías, los que él llama retrógrados, cobardes y llenos de mitos y prejuicios viejos y carcomidos, puritanos contrarios al control de la natalidad y la ley de Eutanasia... ¡Qué sé yo! ¡Hay para elegir, coronel! ¡Y él lo sabe! El y todos los que le siguen.

—¡Basta, Roy, basta! Terminarás mareándome.

—Perdón, coronel. Pero tenía que soltarlo.

—Y te despachaste bien.

Los ojos de Roy Brynner miraron a su jefe como pidiendo disculpas, aunque insistiendo:

—Hay algo más, señor...

—¿Más, Roy?

William Dotroret conocía bien a Roy Brynner y sabía que nada podría detenerle. Pero se levantó al anunciar:

—Pues bien: lo dejas para luego. Ahora hay que comer y en el

viaje de regreso podemos charlar.

—¿Es que viene usted también a Noruega, señor?

—Sí... No quiero perderme el último acto de «tu función».

CAPITULO X

Los altavoces interiores empezaron a zumbar al pedir:

—Pueden soltar sus cinturones. El vuelo durará exactamente una hora y cinco minutos. El comandante del cohete-nave les desea un feliz viaje.

Superada la aceleración inicial para ganar la atmósfera exterior de la Tierra, el coronel William Dotroret se liberó de las correas que le mantenían firmemente sobre el cómodo sillón, aunque esperando la luz verde para bajar de él. Cuando todos los pasajeros vieron parpadear el aviso que les permitía andar por la nave, el coronel invitó a Roy Brynner:

—Vamos al salón: charlaremos mejor allí. Al entrar, una hermosa mujer muy elegante, de grandes ojos negros pero de tez y manos ligeramente verdosas, les miró desde el fondo del salón y cortésmente los dos hombres se inclinaron ligeramente. A ninguno de los dos les extrañó aquel tono verdoso de la piel de la mujer, aunque el coronel William Dotroret aclaró a su joven acompañante:

—Ha debido nacer en Marte, o permanecer muchos años allí. Aquel ambiente a todos les afecta en la pigmentación de la piel. Se debe a la climatación artificial.

—Sí, coronel. ¡Pero es muy bonita!

Cómodamente sentados, el militar de más alta graduación invitó:

—Adelante, Roy. ¿Qué más tenía que decirme?

—Se trata de «Los Hijos del Futuro», señor. ¡Ya sabe! Esa organización internacional de extrañas ideas.

—No tan extrañas, muchacho. Yo tengo un amigo que pertenece a esa secta. ¡Y es un buen chico!

—Será una excepción, coronel. Su divisa lo dice todo: «Ni Dios, ni dueño.»

—Formas de pensar, muchacho. La ciencia a veces deshumaniza a los hombres. ¡Les hace soberbios!

—Hubo un tiempo en que esa organización estuvo fuera de la ley.

—Ya no lo está, Roy. ¡Los tiempos cambian! Recuerdo que en cierta ocasión leí algo que se me quedó grabado en la mente. Más o menos decía así: «La civilización es el progreso, desde una homogeneidad indefinida e incoherente, hacia una definida y coherente heterogeneidad.»

Vio a su joven compañero pensar e indagó:

—¿Te gusta, Roy?,

—Sí, no está mal... Aunque hay ciertas heterogeneidades que nunca podrán armonizar. Por lo tanto, no podrán ser definidas y coherentes.

—¡Hay que ser amplio de criterio, muchacho! En una armoniosa civilización superior, resulta absurdo pretender que todo el mundo piense igual. Muchas veces, en la disparidad de criterios está el camino recto para seguir ascendiendo hacia las verdades absolutas.

—No se trata ahora de confrontar filosofías, coronel. Se trata de lo que hacen esos afiliados a la secta de «Los Hijos del Futuro». La mayoría de ellos no han nacido en la Tierra.

—¿Y qué? Son hijos o descendientes de los primeros colonos que fueron enviados a Marte, Júpiter y los otros planetas. Nada malo hay en ello.

—Tampoco se trata de discutir su parentesco y ascendencia.

—¿Entonces...?

—El profesor Gunnar Bergman pertenece a esa secta.

—Bueno... ¡Si es su gusto!

Algo molesto, con la voz irritada apenas contenida, Roy Brynner se encaró con su jefe ¿premiándole:

—Pero..., ¿acaso no comprende, coronel?

—¿Qué es lo que debo comprender, Roy?

—Pedí que me enviaran, por circuito cerrado de televisión, fotocopias de los archivos de la policía internacional. No tenía otra cosa que hacer en esa finca en Oslo y por las noches, mientras el profesor Bergman y su nieta dormían, me entretuve durante semanas en estudiar esos viejos archivos...

—¿Y qué encontraste?

—Primero nada. Ya sabe: cosas corrientes y comunes... Pero una noche me llamó la atención el atestado contra un tal Marcelino Cirus, perteneciente a la secta de «Los Hijos del Futuro».

El coronel William Dotroret guardó silencio, entretenido en observar las armoniosas formas de la mujer de piel verdosa que, al fondo del salón, parecía estar interesada en ellos.

—Sigue, Roy. Aunque la mire, te escucho.

—El caso es que aquel Marcelino Cirus había estado complicado en un caso de conjura internacional. Al parecer, «Los Hijos del Futuro» se proponían independizarse de la Tierra, para crear ellos una civilización distinta en Marte y los otros planetas del sistema solar. ¡Algo realmente sucio, señor!

William Dotroret se esforzó en recordar, diciendo al fin:

—Debió pasar hace mucho tiempo, Roy. Que yo sepa.

—Hace exactamente ciento diez años, señor.

Roy Brynner vio que su superior le miraba entre extrañado y divertido y advirtió, al exclamar:

—¿Y te preocupan cosas que han pasado hace un siglo, amigo mío?

—Así es, coronel. ¡Me preocupan!

—¿Por qué, Roy?

—Porque «Los Hijos del Futuro» siguen soñando con esa absurda independencia. Lo prueba el hecho de que, durante todo ese tiempo, cuando alguno de ellos ha tenido que ser detenido, en el fondo había latente esa misma cuestión.

—De todas formas, no veo la relación con...

El coronel William Dotroret guardó silencio, interrumpiendo la frase para decir al poco:

—¿Cuándo descubriste que el profesor Gunnar Bergman pertenece a esa organización?

—Examinando los archivos que me fue enviando la policía internacional, por el circuito cerrado de televisión. Por lo visto se afilió hace mucho tiempo: en uno de sus viajes que hizo a Júpiter, para inaugurar unos laboratorios de física nuclear. Ahora hará unos

cuarenta años hubo otro conato de independencia allí. Su nombre estaba entre los conjurados, pero al parecer, hábilmente pudo quedar descartado.

—¿Y crees que...?

—Ya le dije que ese hombre no me gusta, coronel. Odia nuestra civilización. Siempre que pueda llamar «viejos prejuicios, mitos y convencionalismos corroídos» a todos los conceptos morales por los que nos regimos. Sometido a un profundo psicoanálisis, yo diría que sufre un agudo complejo de superioridad. ¡Tiene vocación de rey! ¡O de dios!

William Dotroret pareció reflexionar profundamente antes de decir:

—De todas formas, no casa, Roy.

—¿Por qué no, coronel?

—¿No comprende? Acertado o no, inclinando la balanza a su favor, por unos métodos o por otros, lo que propone el profesor Bergman es, al fin y al cabo, una posible solución para los problemas de la Tierra. Quiere atajar la contaminación que está envolviéndonos y...

—Diga más bien que quiere llevarse, para los otros planetas... ¡Dos mil millones de obreros, especialistas y técnicos! ¡Además de instalar allí las más gigantescas industrias!

—¿Eso piensa, Roy?

—Sí, coronel. ¡Y hay más! Ya se ha creado un caos que nos está debilitando. ¿Ha pensado en lo que significa que «Los Hijos del Futuro» pudieran disponer nada menos que de dos mil millones de terrícolas esclavos? En pocos años conseguirían, no ya sus sueños de total independencia, ¡sino dominarnos por completo!

—No sé, muchacho... Todo eso que dices es demasiado fuerte. «Los Hijos del Futuro» suelen estar agrupados en sociedades culturales, en pequeños grupos que cultivan las ciencias y las artes...

—Y la negación de los valores del espíritu, como línea constante en todas esas sociedades, coronel. Si lo quiere más claro, investigue sobre los responsables en las colonias de los planetas del sistema. Encontrará una «casualidad» que le hará pensar...

—¿Qué quieres decir?

—Que la mayoría de ellos, y muchos puestos directivos en los gobiernos de los planetas, están en manos de afiliados o simpatizantes de «Los Hijos del Futuro».

Levantándose abandonando el cómodo sillón, el coronel exclamó:

—¡Diantre, Roy! ¡Me estás preocupando!

—Debemos preocuparnos, coronel. ¡He investigado a fondo!

—De todas formas, debemos ir con mucho cuidado. Ya sabe que los organismos dependientes del Gobierno Universal no tienen por ahora poder ejecutivo. El profesor Gunnar Bergman cuenta con grandes influencias y un formidable prestigio internacional. Un solo fallo y hará que nos envíen al más apartado rincón del sistema solar, Roy... ¡A vigilar cómo crecen los champiñones en Plutón!

—Yo me arriesgaría, coronel. Informaría de todo esto a los gobiernos continentales.

—¡No, Roy! Al menos, sin presentar algo concreto.

—Por eso no se preocupe, señor. ¡Yo haré que el profesor Bergman pique un anzuelo y caiga en la trampa!

Tras mirar sus relojes comprendieron que debían volver a sus asientos para sujetarse con las correas de seguridad, antes del vertiginoso descenso. Salieron del salón, dejando a la bella y elegante mujer de piel ligeramente verdosa allí.

Por eso no pudieron verla sonreír y avanzar hacia donde ellos habían estado sentados. Cuando comprobó que estaba sola, levantó los cojinetes de los asientos y dejó al descubierto un ingenioso magnetófono que había estado registrando cada palabra que los dos hombres pronunciaron.

La misteriosa mujer lo introdujo con sumo cuidado en las profundidades de su generoso escote y levemente musitó para sí:

«Tú sí que caíste en la trampa, buen mozo. ¡Lástima! Tiene un tipo excelente...»

Luego pasó a ocupar su asiento y, al pasar ante el coronel William Dotroret, de una manera deliciosa le sonrió.

Por su parte, Roy Brynner volvió a pensar que, marciana o no, aquella mujer era realmente muy atractiva...

CAPITULO XI

Nada más descender y montar los pasajeros en el vehículo que debía llevarles hasta Oslo, en el astródromo ocurrió algo inusitado.

Una luz violácea fulguró y tras el chasquido una de las puertas del vehículo empezó a fundirse, como si sobre el metal se hubiese aplicado un chorro de fuego autógeno.

El vehículo estaba siendo atacado.

Roy Brynner empujó al hombre sentado junto a él, gritándole:

—¡Al suelo, coronel!, ¡Láser! ¡Son rayos láser, señor!

Una segunda descarga empezó a derretir la chapa metálica del vehículo, amenazando con fundirle por completo y dejarle convertido en un montón humeante de chatarra.

Pero Roy Brynner logró abrir otra de las portezuelas del lado opuesto, arrastrando con él a su superior. William Dotroret se dio de narices sobre la pulida superficie de la pista, repitiendo al girar la cabeza hacia su compañero:

—¿Has dicho rayos láser, Roy?

—Sí, coronel... Alguien nos intenta aniquilar a todos con un arma de ésas.

También alborotados, los demás pasajeros empezaron a descender del vehículo como podían. Los empleados de la compañía intentaban calmarlos y el chófer, conectando su altavoz portátil que colgaba de su cuello, anunció:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Alarma en la pista número siete! ¡Llamo a los hangares y a la torre de control! ¡Nos atacan!

Los ruidos empezaron a hacerse ensordecedores e insoportables. Sirenas, timbres de alarma y un griterío infernal allá, a lo lejos, donde quedaban las oficinas y los departamentos de salida y recepción de los pasajeros.

La puerta impactada del vehículo dejó de lanzar humo, pero descubriendo la brecha en el metal, como una herida abierta.

Minutos después otro vehículo dejó de lanzar el aullido de su sirena y les transportaba hasta la recepción de pasajeros. Fue allí donde el coronel William Dotroret, tras presentar sus credenciales, indagó:

—¿Pudieron localizar a quien nos atacó?

—No, señor: hay demasiada gente aquí y muchos han de pasar aún ante el detector. Esto es sólo una estación de enlace y...

—¿Hacia dónde quedan las rampas de lanzamiento de las naves que parten para Marte?

La pregunta de Roy Brynner hizo que el coronel Dotroret le mirase, preguntándole:

—¿Para qué quieres saber eso, Roy?

—¿Recuerda la elegante mujer de piel ligeramente verdosa, coronel?

—Sí...

—¡No .estaba entre los pasajeros que tomamos el vehículo que fue atacado!

Minutos después solicitaban otro vehículo y corrieron hacia las rampas más apartadas, desde donde se partía para los distintos planetas del sistema solar. Pero no encontraron tampoco a la mujer que buscaban.

—¡Se esfumó! —exclamó malhumorado el coronel Dotroret.

—Ha conseguido despistarnos a todos, señor.

—¿Crees que ella ha tenido parte en esto, Roy?

—Es de suponer. Nos estuvo mirando muy fijamente, durante nuestra charla en el salón.

—Ya me fijé, pero no sospeché nada de ella.

—Pues yo me trago un zapato si esa mujer no pertenece a la secta de «Los Hijos del Futuro».

—Bien: no podemos perder más tiempo. Vete a tu puesto en casa del profesor Bergman, a ver si eres capaz de atraparle en algún fallo.

—Ahora será más difícil. ¡El habrá enviado a esa espía asesina!

—¿Es que le dijiste que ibas a Australia?

—No, pero él me habrá hecho seguir.

—De todas formas, ignora que sospechas de él. Puedes decirle que fuiste a informar sobre cosas del servicio.

Roy Brynner miró a su jefe mientras regresaban al núcleo central del astródromo y siguiendo el curso de sus pensamientos indagó:

—¿Qué me dice ahora de este atentado, coronel? Si han intentado eliminarme... o eliminarnos, es por algo, señor.

—Deduzco que será muy peligroso que vuelvas a casa del profesor Bergman. Si quieres puedo enviar a esa finca de Oslo a otro agente y...

—Eso les haría sospechar más. De todas formas, si me ocurre algo, ya tendrá usted una prueba de que ese hombre anda metido en todo este complot. ¿No le parece?

—Bonita forma de mirar las cosas, Roy. ¡Tú ya estarás desintegrado!

—Hay que arriesgarse, coronel.

Una hora después, antes de que el vehículo que le transportaba descendiera sobre la elevada terraza central de la finca del profesor Gunnar Bergman, Roy Bergman intuyó que «algo» había ocurrido allí durante su ausencia.

Lo intuyó porque, en el jardín, en la parte delantera donde debían estar dos de sus hombres de vigilancia, no había nadie. Y lo mismo sucedía en todo el perímetro de la gran finca. Consideró improbable que sus hombres hubiesen abandonado la guardia, lo mismo que Gunnar Bergman se hubiese quitado la careta ordenando eliminar a unos agentes del Gobierno Universal.

De todas formas, maniobró con precaución y cuando el colchón neumático se posó suavemente sobre la terraza, antes de descender de la cabina empuñó su pistola de rayos láser, como medida de seguridad.

Aquellos ingeniosos vehículos eran totalmente silenciosos, pero como el radar había de detectar su presencia, uno de los criados de la casa apareció en la terraza. Roy Brynner le conocía de los días que había permanecido allí y tras enfundar su mortífera arma saludó:

—Hola, Günder. ¿Como va todo?

—Mal, señor Brynner...

—¿Cómo?

—Sí, señor Brynner. ¡El profesor ha muerto!

El agente de seguridad del Gobierno Universal quedó perplejo. El profesor Gunnar Bergman ya era muy viejo y últimamente no parecía encontrarse muy bien de salud. Y sin embargo...

—¿De qué ha muerto, Günder?

—¿De qué va a ser, señor Brynner? Como muchos de sus colegas... ¡Asesinado! ¡Vilmente asesinado, señor!

—¡Diantre!

Aquello era muy distinto. Trastocaba todas sus sospechas y venía a añadir un nuevo misterio a todo lo que estaba pasando. Era muy posible que estuviera equivocado y que, aparte del interés de la secta de «Los Hijos del Futuro», otras organizaciones estuvieran interesadas en ir eliminando a todos los científicos que se habían estado agrupando en torno al anciano dueño de la casa.

—Lo siento, Günder, yo...

—¡Usted no debió marcharse! —le acusó sentidamente el criado.
—Dejé a mis hombres y...

Caminaban hacia el borde de la elevada terraza, cuando nuevamente preguntó al criado:

—¿Cómo ocurrió, Günder?

La voz metálica de Edward Sindrich surgió del sistema de altavoces, anunciándole:

—Baje y se lo diré yo personalmente, Roy. ¡Ya era hora de que regresara!

Mientras descendía en el ascensor automático, Roy Brynner se estuvo diciendo que, como correspondía a la casa de un famoso científico, la villa tenía toda clase de modernísimas instalaciones. Radar, radio y circuito de televisión conectados con las partes más alejadas del mundo y, además, algún sistema auditivo que le había permitido a Edward Sindrich escuchar las preguntas que le había estado haciendo al criado.

Al llegar a la segunda planta, desde el pasillo, Günder le indicó:

—El señor Sindrich está en su gabinete.

—Gracias, Günder.

Cuando desde el interior se aparecía así, las puertas se abrían antes de llegar a ellas, al aproximarse y poner en acción las células fotoeléctricas que lo mismo podían cerrar, a cal y canto, la entrada.

Para ello sólo bastaba con accionar un simple botón.

Edward Sindrich no lo hizo, encontrándose en la entrada de su gabinete de trabajo con el alto agente de seguridad que le saludó.

—Está muy bien instalado, Edward.

—Consecuencias de la ciencia... A la que usted, en el fondo de su corazón, parece despreciar un poco.

—Nunca la desprecié, aunque pienso que la ciencia que sirve para hacernos orgullosos y que degenera en pedantería, no vale más que para deshonorarnos.

—Veo que le siguen gustando las palabras altisonantes, Roy. ¡Como a todos los románticos!

Roy Brynner prefirió no contestar para abordar lo que más le interesaba al enlazar sus preguntas:

—¿Cómo, cuándo y quién ha asesinado al profesor Bergman?

—Créame que me gustaría poder contestar a su rosario de preguntas, Roy.

—Al menos conteste a una. ¿Cómo ocurrió?

—Al poco de marcharse usted. No habría pasado ni media hora.

—¿Cómo...?

—Así fue, Roy... Al poco de despedirse de usted, el profesor dijo que deseaba dar un paseo por el jardín y me ofrecí a acompañarle. Pero ya sabe lo adusto y áspero que era con todo el mundo: me rechazó diciendo que quería estar solo. ¡Completamente solo para pensar!

—Y usted le dejó, ¿verdad, Edward?

—Se equivoca. Conocía la misión que usted y sus hombres

estaban desempeñando aquí y les dije que, desde lejos, sin molestarle ni que él se diera cuenta, no perdieran de vista al profesor mientras paseaba por el jardín. No es que temiera nada, porque sabía del sistema de seguridad que ustedes habían establecido en torno a esta finca, pero...

—Siga.

—Bueno... ¡Ya sabe cómo están obrando nuestros enemigos! No se detienen ante nada y muestran poseer una organización perfecta. Por eso les rogué a sus hombres que, pese a todo, no perdieran de vista el profesor.

—Y sin embargo... ¡Le han asesinado!

Roy Brynner había alzado la voz, casi acusadora- mente y Edward Sindrich se levantó protestando con acritud:

—¿Cómo íbamos a suponer que uno de sus hombres era un traidor?

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, Edward?

—¡Lo que oye!

—Pero... ¿está pretendiendo decirme que uno de mis hombres asesinó al profesor? ¿Dónde están los otros? No he visto a ninguno en el jardín y...

—¡Están muertos! ¡Muertos también! ¡Y por uno de sus propios compañeros!

—¡Imposible, Edward! ¡No le creo!

—Pregúntele a Günder... o a Bidi Bjornstrand... ¡O al cocinero Ingerson! Los tres les vieron caer barridos por ese sucio traidor. Yo mismo me asomé a la ventana del gabinete al oír los trallazos de su arma, alcanzando a ver cómo corría hacia la verja y...

—¡Siga, Edward!

—Allí le esperaba un vehículo. Ya sabe... Uno de esos vehículos que lo mismo pueden ir por tierra, por mar o por el aire. Cuando quise conectar la alarma, ya se elevaba por encima de las montañas del fondo y desaparecía...

—¿Quién de ellos fue?

—No lo sé... No les conocía por sus nombres. Y como los demás

quedaron achicharrados junto al profesor, pues...

—¿Dónde están? Al menos, por sus cadáveres sabremos quién falta.

—Se los llevó la policía de Oslo. Era natural que diéramos parte y así lo hice.

—¿Y el profesor?

—Abajo, en su cámara... Bonnie le está velando. Ha... ha quedado totalmente desfigurado, pero... ¡Pobre hombre!

Tras su exclamación dolorida pareció entrar en un ataque de cólera y, avanzando hacia el hombre que le escuchaba, con las manos crispadas, le increpó:

—¿De qué sirven todos ustedes? ¿Para qué vale toda la policía del universo, si siguen ocurriendo cosas así? ¿Son incapaces de atajar todos estos crímenes?

—Tranquilícese, Edward. Yo...

—¡No quiero tranquilizarme! ¡No me da la gana! ¡Ustedes gastan millones y millones que paga el pueblo! ¿Para qué? ¿Para lucir sus credenciales y darse la gran vida?

—Vuelvo a rogarle que se tranquilice. Esa banda de asesinos están tan organizados como nosotros. ¡O mucho mejor! Los que mueven los hilos de todo esto deben ser muy poderosos.

—¡Ya lo decía el profesor! Una vez le indicó a usted dónde debía empezar a investigar. ¿Y le hizo caso?

—Dejemos eso. Quiero ver al profesor.

—Le he dicho que está muy desfigurado. Uno de esos condenados rayos le alcanzó en pleno...

—Es lo mismo. ¡Quiero verlo, Edward!

—De acuerdo; pero a Bonnie no le gustará mucho su intromisión.

—Le pediré disculpas.

—Sí... Por lo visto, es lo único que usted sabe hacer bien, ¡Pedir siempre disculpas!

Roy Brynner tuvo ganas de aplastar su puño contra el rostro de

aquél hombre, pero ahora debía olvidar sus antipatías personales. Lo que más le interesaba era identificar el cadáver del profesor Gunnar Bergman.

CAPITULO XII

Cuando llegaron adonde estaba la joven Bonnie Gillman ante los restos de su abuelo, la muchacha rubia no le miró muy amistosamente. Roy Brynner sintió el mudo reproche en aquellos bonitos ojos, pero se acercó más.

Y no había duda; aquél era el cadáver del profesor Gunnar Bergman.

El rostro estaba bastante desfigurado, pero la canosa cabeza, aquellas manos largas y huesudas, aquel cuerpo casi esquelético y aquellas grandes orejas, pertenecían a él.

El pesado silencio fue roto por la mujer, que, sin dejar de mirar a Roy Brynner, opinó:

—Supongo que usted estaría divirtiéndose, mientras asesinaban a mi abuelo.

—Se equivoca, Bonnie. Les dije que iba a pasar unas horas en la ciudad, pero no fue así.

Volviendo a quedar cabizbaja, ella dijo:

—En su habitación encontrará usted una orden del general Igor Anderson. Dijo que vaya usted a verle a Oslo, nada más llegase.

Roy Brynner receló: el general Igor Anderson era el jefe de seguridad de Noruega y, posiblemente, le acusaría de negligencia por haber abandonado su servicio en la finca del profesor Bergman. Menos mal que en la capital noruega también estaría su jefe, el coronel William Dotroret, que, tal como le había prometido, le echaría una mano.

—Gracias, Bonnie. Pero antes me gustaría charlar con su cocinero, la doncella Biji Bjornstand y con Günder.

—¿Para qué? Supongo que Edward ya le habrá informado de todo.

—Necesito esos testimonios.

Guardó silencio y, antes de salir, ya junto a la puerta, indagó:

—¿Usted dónde estaba, Bonnie?

—En el salón de música. Escuchaba una grabación de Straskys.

—Le alabo el gusto, Bonnie. ¡Buen músico!

La muchacha no pareció aceptar el elogio y preguntó incisiva:

—¿Hasta en la policía hay traidores, señor Brynner?

Roy notó que volvía a llamarle «señor Brynner». Para ella ya no era Roy, como antes de marcharse a Australia.

—No sé, Bonnie; todo esto me tiene muy confuso.

Nuevamente, se dispuso a salir, pero añadió, con tristeza:

—Hasta nunca, Bonnie... Quizá... ya nunca más vuelva por aquí.

La despedida pareció sacudir el enfado de la muchacha rubia, que, apartándose de los restos de su abuelo, avanzó hacia el hombre al musitar:

—¿Se va? Adiós, Roy... ¿Cree... cree que le acusarán a usted sus jefes?

—No sé... Es posible,

—Lo... lo siento, Roy, yo...

—No se preocupe, Bonnie. Bastante tiene usted con lo de su abuelo.

—No era muy amable conmigo, pero era un hombre bueno, Roy. Comúnmente la gente vulgar no le entendía. Pero sus pensamientos eran elevados, su inteligencia clara y sus aspiraciones muy... ¡No sé cómo decir! Muy por encima de lo normal.

—Sí, Bonnie... Podría decirse que su abuelo era como... Como un «hijo del futuro»...

Al oír sus últimas palabras, la muchacha clavó en él su mirada azul, indagando alarmada:

—¿Cómo ha dicho, Roy?

—Fue un simple comentario.

—Sí, pero usted nombró a... a...

—¿A «Los Hijos del Futuro», se refiere?

—Sí... A eso, Roy.

—¿Ignoraba que su abuelo pertenecía a esa secta?

—No... Pero mi abuelo me dijo que no se lo dijera a nadie. No es que tuviera nada que ocultar, pero no le gustaba que la gente lo supiera.

La mano de Roy Brynner quedó extendida y ella la estrechó, escuchándole rectificar:

—Antes me despedí hasta nunca, Bonnie... Ahora creo que algún día volveremos a vernos.

—Por mí, hasta siempre, Roy.

—De momento, tengo que ir a Oslo. Veré lo que quiere de mí el general Igor Anderson.

Cuando llegó a la capital de Noruega y fue recibido por el general Igor Anderson, aquel jefe de la policía nacional le escuchó atentamente, pero cuando Roy Brynner terminó, estalló:

—¡Todo eso es absurdo! Nada innoble podía partir de un hombre como el profesor Gunnar Bergman. Usted mismo acaba de decirme que ya intentaron asesinarle una vez, estando usted en la casa, cuando descubrió con sus hombres lo de aquel ponche envenenado.

—Cierto, general. Pero aquello fue algo burdo. Me consta que sabían que yo y mis hombres lo descubriríamos.

—O sea, que usted cree que fue una hábil coartada para hacerle creer que la vida del profesor Bergman también estaba amenazada, como la de tantos otros científicos. ¿No es así?

—Así lo creo, señor.

—¿Y ahora qué me dice? ¡Gunnar Bergman ya no existe!

El coronel William Dotroret asistía a la entrevista y terció amistoso:

—Olvidemos todo esto, general Anderson. Ayudaré a Roy a redactar su informe y habrá terminado en esa casa.

—Hágalo, coronel... Y procuren averiguar quién fue el asesino. Supongo que la policía del Gobierno Universal no se sentirá muy satisfecha con todo esto.

La seca actitud del general Igor Anderson se explicaba en cierta forma. A ningún alto cargo de la policía le resulta agradable saber que, algún día, andando el tiempo, un organismo más superior que los continentales tendría potestad y prioridad ante ellos. El Gobierno Universal sólo se veía hasta entonces como una necesidad futura, para cuando el dominio de los hombres quedase extendido más allá incluso de su sistema solar.

Hasta las estrellas y las galaxias...

Con estas trabas siempre habían tenido que luchar. Aquello era como cuando, un par de siglos atrás, al unirse Europa tras la creación del Mercado Común, los distintos gobiernos vieron con recelo que algún día tendrían que llegar a obedecer a unas autoridades supranacionales que gobernarían sobre todo el continente.

Roy Brynner olvidó estos recelos y para suavizar la actitud del general Igor Anderson prometió, aunque sin mucho convencimiento:

—Si todo lo que ha dicho Edward Sindrich y los criados de esa casa es cierto, le prometemos localizar al asesino.

—¿Qué les pasa, amigos? ¿Les cuesta creer que uno de sus hombres fue un traidor?

—Nos cuesta creerlo, porque a todos les conocía muy bien.

—¡Bah! Pudieron sobornarle, comprándole con una gran cantidad. No hay duda de que en todo esto hay fuertes intereses en juego. De aceptarse las propuestas y las leyes que esos científicos proponen, ¿pueden figurarse ustedes los tremendos cambios que habrá? ¡Lo que me extraña es que no ocurran más cosas!

—¿Más? —preguntó, con cierta acritud, el coronel Dotroret—. ¡Pues no anda poco revuelto el mundo!

—¡No lo saben ustedes bien! —exclamó el general Anderson—. Las opiniones están muy divididas y se multiplican los conflictos. Desde las altas esferas gubernamentales hasta el más simple obrero o empleado, todo el mundo discute y se permite opinar en pro o en contra.

Hizo una pausa antes de añadir: —Si seguimos así, no se terminará la vida por falta de oxígeno o por culpa de la contaminación... ¡Sino a puñetazos!

El coronel William Dotroret y Roy Brynner nada comentaron, deseando terminar la entrevista. Pero el dueño del despacho se

mostraba locuaz y les preguntó: —¿No saben lo que la otra noche ocurrió en mi propia casa?

La única contestación que obtuvo fue un doble encogimiento de hombros de los dos hombres que tenía ante él, a los que amplió:

—¡Todos terminamos peleando! Sí, señor... Mi hija discutió con su esposo agriamente. Ella dice que si se implanta el control de la natalidad, no lo cumplirá. Y mi yerno, ¡que ya está hasta los pelos de tener hijos!, le dijo que esa ley estaría pero que muy requetebién. ¡La que se armó! ¡Y eso no fue todo! Mi esposa padece una leve enfermedad y me gritó que si me parecía bien que a ella le aplicasen la Eutanasia... Yo no supe contestar y mi duda le resultó ofensiva... ¡Todavía no ha vuelto a dirigirme la palabra!

—Es natural —acertó a decir Roy Brynner.

—Pero la cosa no terminó ahí. Mi hijo es técnico en una fábrica de productos químicos y, claro está, le tocaría ser trasladado a uno de esos endemoniados planetas adonde serían llevadas las industrias nocivas para la atmósfera de la Tierra. El pobre se puso a despotricar como un energúmeno y sólo conseguí hacerles callar a todos cuando les dije: «¿Pero qué queréis? ¿Que toda la Humanidad muera por falta de oxígeno como murieron los dinosaurios?» .

—Esa frase era la favorita del profesor Bergman. » —¡Es que yo soy partidario de las teorías de Gunnar Bergman! —dijo, con orgullo, el general Igor Anderson.

Los dos visitantes no quisieron seguir escuchando más y, tras saludar al jefe de la policía de Oslo, salieron de su despacho.

Ya en la calle, jocosamente Roy Brynner comentó con su superior:

—Ya lo ve, coronel. ¡Hasta en los hogares particulares se desatan los conflictos!

—Era de esperar, Roy, Este es un problema que nos afecta a todos.

CAPITULO XIII

La orden del coronel William Dotroret fue que para nada tenía que acercarse ya a la finca del fallecido profesor Gunnar Bergman. No quería que la policía del Gobierno Universal quedase más desacreditada, y cuando le habló a Roy Brynner fue con estas palabras:

—Nada tienes que hacer allí, y si por «casualidad» mueres en esa finca lo mismo que el profesor, todo eso nos perjudicará, Roy.

Pero Roy Brynner tomó sus propias decisiones y, desobedeciendo a su jefe inmediato, se trasladó a las cercanías de la finca donde sabía seguiría la bonita Bonnie Gillman, así como el antipático Edward Sindrich.

Aunque lo hizo de una forma un tanto secreta y original, llegando a la playa con su equipo submarino, hasta que se libró de él para mejor trepar por las rocas y llegar a situarse en la parte trasera de la casa. Le constaba que, de haberse acercado con cualquier vehículo, el sistema de radar le habría detectado y él quería colarse en la casa sin que nadie le viera.

Lo consiguió y, tras forzar una de las ventanas, tardíamente se dio cuenta que estaba en la habitación de la muchacha rubia.

Pero no por eso se arrepintió.

Bonnie Gillman dormía tranquilamente en su amplio lecho y resultaba algo muy digno de ver aquella belleza de su joven cuerpo apenas cubierto con el leve camisón y las ropas de la cama.

Pudo más la tentación que la prudencia y se acercó para contemplar a la mujer mejor, frenando sus ansias de besar aquellos labios grandes que parecían ofrecerse a dulces caricias.

Pero .entonces, como si la mujer presintiera en sueños su presencia, Bonnie Gillman se despertó. En la semipenumbra le reconoció y, con los ojos muy abiertos y tono indignadísimo en su voz, gritó:

—¡Roy! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo puedes ser tan desvergonzado cómo para...

La mano femenina fue hacia un tablero lleno de botones y Roy

Brynnner no dudó un instante. No podía vacilar porque, de hacerlo, la casa se llenaría de ruidos y lo que él pretendía averiguar seguiría en la duda.

El disparo partió del arma sordamente y la muchacha rubia recibió el impacto adormecedor en la garganta. Una diminuta aguja de hielo que, al contacto con la tibieza de la carne, se desharía, pero diluyéndose la sustancia que la sumiría en un sueño profundo durante algunas horas.

Cuando la vio caer sobre la almohada, el hombre musitó:

—Lo siento, cariño. ¡Y gracias por tutearme, Bonnie!

Seguro que en sueños pensaba en él y por eso le tuteó nada más verle. Pero eso ahora no tenía mucha importancia. Más tarde, si tenía suerte y seguía viviendo, encontraría ocasión para explicar su conducta al tiempo que le susurraría al oído todo lo atractiva que era.

Ya en el pasillo, no le costó mucho orientarse. Conocía perfectamente la casa, como sabía que las células fotoeléctricas no le permitirían entrar en el gabinete de trabajo de Edward Sindrich, si es que el hombre que había sido el ayudante y secretario particular del profesor Bergman permanecía en el interior y había accionado el mecanismo, para que las puertas permanecieran herméticamente cerradas.

Pero aquél era un problema con el que ya había contado. Por eso se limitó a trasladarse al fondo del corredor, ocultándose tras los cortinones de espuma de una de las ventanas, esperando ahí pacientemente una hora tras otra.

Tres largas horas con los músculos tensos y todos los nervios a flor de piel, empezando a sospechar que su exploración sería infructuosa y que tendría que dar muchas explicaciones si llegaba el día y le localizaban allí, oculto como un vulgar ladrón al acecho.

Rayaba el alba cuando los pasos de Edward Sindrich sonaron suavemente sobre la alfombra del corredor, encaminándose hacia uno de los cuartos de aseo que el mismo Roy Brynnner había utilizado más de una vez. Apenas cerrada la puerta, salió de su escondite, y furtivamente se situó ante la entrada del gabinete, viendo que las células fotoeléctricas actuaban y la puerta se abría.

La habitación era muy amplia y constituía un perfecto lugar de trabajo. Una pantalla sobre una de las mesas le indicó a Roy Brynnner que era allí donde debía estar sentado Edward Sindrich, a juzgar por

los muchos papeles que había extendidos sobre la mesa. Pero lo que más le llamó la atención fue el juego de pantallas de televisión y los complicados mecanismos que había sobre los paneles y los tableros cuajados de palancas, diales y botones de mando.

Más que el gabinete de un científico, aquello parecía una modernísima estación transmisora y receptora, como las que Roy Brynner había visto en alguna ocasión en sus breves visitas a los despachos de los jefes de la Policía Universal. Por lo menos había veinte pantallas de televisión situadas en medio círculo, de forma que pudieran ser observadas todas a la vez desde la mesa frontera a ellas.

Instintivamente, buscó con la vista un lugar para ocultarse, calculando que Edward Sindrich no tardaría en regresar. Eligió uno de los ángulos del amplio gabinete, donde una serie de ficheros quedaban fuera de la luz de la lámpara que había sobre la mesa de trabajo.

Con un poco de suerte, allí no le descubriría, si es que Edward Sindrich no tenía que ir hacia aquella parte, en busca de algún dato a los ficheros.

Sintió un levisimo zumbido y las puertas, suavemente, volvieron a franquear la entrada al alto y recio Edward Sindrich, que, ajustándose un batín blanco como la nieve, de mangas cortas, caminó directamente hacia la mesa de trabajo, poniéndose a ordenar sus papeles. Por los días pasados en aquella casa, Roy Brynner sabía que aquel hombre infatigable prefería las horas de la noche para trabajar. Pero aquel día ya estaba rayando el alba y resultaba extraño que continuase aún enfrascado en su tarea.

Una hora más tuvo que permanecer en cuclillas, agazapado junto a los ficheros, como un conejo asustado, y conteniendo casi la respiración. Hasta que al fin, su paciencia empezó a verse recompensada generosamente.

Una de las pantallas de televisión se iluminó, siguiéndole al poco otra y otra más, hasta quedar todas oscilando levemente antes de la transmisión. A su zumbido. Edward Sindrich cambió de lugar, situándose en el asiento, frente a la mesa que dominaba el semicírculo de las pantallas.

Sus manos manipularon hábilmente, con la destreza de costumbre, todas aquellas palanquitas y mandos, a cuyo impulso las pantallas dejaban de oscilar para dar paso a los rostros de los hombres que iban apareciendo allí.

El sonoro también quedó conectado, aunque fue el hombre que

estaba en el gabinete el primero que empezó a hablar:

—Buenos días, amigos —saludó Edward Sindrich.

Una mezcla de voces de muy distintos tonos y matices debió de ser la respuesta a su salutación, diciéndoles seguidamente Edward Sindrich:

—Les notifico que pronto firmarán los científicos indicados las propuestas y las leyes que el profesor Bergman ha dejado, como testamento póstumo. Digamos que su muerte ha sido nuestra mejor baza, señores...

Incapaz de orientarse desde el lejano rincón desde donde observaba todos aquellos rostros en las pantallas, Roy Brynner sólo alcanzó a oír que uno de ellos decía:

—¿Fue de veras necesario, señor Sindrich?

—Totalmente —fue la tajante respuesta—. Tuvimos noticias de Sandra Milow acerca de que empezaba a sospechar del profesor Bergman el policía que estuvo aquí. Sandra nos envió al profesor y a mí la grabación de cierta conversación sostenida durante el vuelo de regreso a Noruega, entre Roy Brynner y su jefe, el coronel William Dotroret.

—Habría sido más fácil eliminarles a ellos.

—Sandra lo intentó y ese fracaso precipitó las cosas. El mismo profesor Bergman estuvo de acuerdo en inmolarse en aras de nuestra causa. Ya saben cómo era y contaba con ese gran golpe de efecto.

La voz de Edward Sindrich llegó hasta Roy Brynner con un tono de cierto desdén, ampliando su información a todos los rostros en las múltiples pantallas:

—Por otra parte, el profesor ya era muy viejo. Últimamente se sentía muy cansado.

—Una investigación sobre su muerte puede perjudicarnos —objetó el sonoro de una de las pantallas.

—Lo hemos realizado de forma que parezca un atentado más contra los científicos. Esto refuerza la idea de que fuerzas ocultas siguen intentando anular las proposiciones del profesor Bergman y otros científicos. La opinión pública empieza a inclinarse a nuestro favor, por la ley de los contrastes. El hombre de la calle, por muy en contra que al principio estuviera, empieza a preguntarse si la

contaminación no es tan grande que se pretende anular los remedios que los hombres más sabios y capacitados de la Tierra proponen.

—Bien, señor Sindrich. ¿Cuándo se aprobarán las nuevas leyes?

—Pronto. Ya sólo es cuestión de tiempo. Los índices de contaminación han sido aumentados intencionadamente. El documento está firmado y pasará a los distintos gobiernos continentales.

—¿Será incluida la deportación en masa de esos dos mil millones?

—Es una de los puntos claves, señores. Tengan en cuenta que también a las autoridades continentales les pesa esta sobrecarga de población. Los técnicos, los especialistas y los obreros no tendrán más remedio que obedecer.

Nueva transición en la voz de Edward Sindrich, que, con cierta satisfacción, añadió:

—No teman... ¡Pronto tendrán ustedes a sus esclavos!

La denominación de «esclavo» electrizó casi al oculto Roy Brynner. Aquello implicaba que Edward Sindrich estaba comunicándose con hombres que no estaban en la Tierra. Decirles que pronto tendrían a sus esclavos...

Pero ¿dónde estaban aquellos hombres?

¿Quizá en Marte? ¿En Júpiter, Saturno y los otros planetas?

Tuvo que dejar de pensar al oír su propio nombre en una de aquellas voces que debían venir desde los confines del espacio exterior:

—¿Qué hay de ese Roy Brynner, señor Sindrich?

—Eliminado como peligro —informó, satisfecho, Edward Sindrich.

—¿Ya ha muerto?

—No... Una vez fracasó Sandra y tras eliminar a todos sus hombres que dejó aquí, resultaría sospechoso atentar otra vez contra él. Pero repito que ha quedado eliminado como peligroso. Se le dijo que uno de , sus hombres traicionó a sus compañeros y les asesinó, al mismo, tiempo que al profesor. Hicimos desaparecer uno de los cadáveres y el jefe de la policía de Oslo tragó toda mi versión. La

reforcé con el testimonio de los tres criados.

—Bien, señor Sindrich. ¿Se aprobará también la ley de la Eutanasia?

—¡Se aprobará! El peligro de la contaminación es muy real y cada día va en aumento. Nosotros sólo hemos aprovechado ese pánico justificado./., aunque aumentando un poco el índice real. Par otra parte, Si no se aprueba, cuando más inútiles y tarados haya en la Tierra..., ¡mejor para nuestros planes!

—¿Y sobre el control de natalidad?

—Nos interesa mucho que esa ley también se apruebe. En una posible y futura lucha, a los enemigos viejos y débiles se les vence mejor.

—Debemos ser cautos, señor Sindrich. Nuestras batallas han de seguir ganándose en silencio. Nuestro movimiento de liberación viene . funcionando desde hace más de un siglo, pero aún somos los más débiles. Incluso muchos de los nuestros se niegan a renegar del todo de su madre Tierra. Es un absurdo espejuelo que en la Historia se repite con harta frecuencia, sobre todo para los espíritus no muy decididos a romper con el pasado.

—Conozco nuestros postulados y doctrinas —replicó algo molesto Edward Sindrich—, Pero «Los Hijos del Futuro» deben también pensar en el inmediato presente y acelerar las cosas! Nuestras metas están más cerca que nunca!

—Así sea...

Reinó una pausa que el agazapado Roy Brynner pensó era eterna, al sentir todo su cuerpo dolorido por aquella postura. Tenía ganas de moverse, de gritar y de lanzarse sobre las recias espaldas de aquel gran canalla de Edward Sindrich.

Pero logró contenerse y siguió escuchando aquellas voces que, desde los planetas del sistema solar, gritaron la consigna de su secta al decir:

—¡Ni Dios, ni dueño!

—¡Ni Dios, ni dueño! —repitió Edward Sindrich. .

CAPITULO XIV

Prácticamente, todo resultó más fácil de lo que al principio se esperaba.

La lucha de Roy Brynner contra Edward Sindrich no sólo tuvo la ventaja del ataque por sorpresa, sino también la mayor habilidad, el mejor conocimiento de los golpes y, quizá, la fuerza que le dio el convencimiento de que en aquellos críticos instantes en sus puños estaba el posible destino de la Humanidad.

Singular destino el suyo, en el que, con su victoria personal sobre aquel hombre, podía salvar a miles de millones de otros seres humanos.

También resultó relativamente fácil efectuar una redada a escala internacional, tras poner una vez más fuera de la ley a todos los simpatizantes y afiliados a la secta de «Los Hijos del Futuro». En las últimas décadas habían estado legalizados y pronto fueron localizados en sus centros.

Por lo que respecta a los enlaces con los planetas con los cuales había sido sorprendido Edward Sindrich comunicándose, bastó poner la conexión de las pantallas al otro día a la misma hora, obligándoles a conferenciar una vez fueron de esta forma astuta sorprendidos.

Las redadas en los diversos planetas fueron llevadas a cabo con mayor rigurosidad, así como la «limpieza» de todos los puestos directivos que aquella organización había llegado a alcanzar.

Una prueba evidente de que, por mucha ciencia que hubiese llegado a alcanzar el hombre, en el fondo seguía siendo un ingenuo...

Sin embargo, no faltaron sectores de la opinión pública que juzgaron todas aquellas medidas como una conjura más contra los científicos, que ansiaban remediar los males que por la creciente contaminación amenazaba a la Tierra. Resultaba fácil acusar a los gobiernos continentales de una hábil operación, montada por ellos mismos, imitando la política del avestruz, que suele esconder la cabeza bajo el ala, cuando se le persigue y se ve en peligro.

Fue inútil que nuevos grupos de científicos empezasen a trabajar, ya sin misteriosas amenazas ni miedo, asegurando que si la

contaminación existía, era en mucho menos grado que el que habían llegado a consignar los científicos seguidores de los planes del profesor Gunnar Bergman.

Pero... ¿qué podía hacerse? ¿Aceptar las medidas propuestas por Gunnar Bergman y la formidable organización de «Los Hijos del Futuro», ahora que se conocían sus planes?

Tal cosa habría resultado absurda.

Eso sí: se tomaron medidas para que no continuase la contaminación de la Tierra. Y la esperanza existía porque otra de las facultades del hombre es inventar.

¡Inventar siempre! ¡Siempre!

¿Y por qué esperar que la ciencia que había contaminado la Tierra, algún día encontrase la forma de purificarla?

Por otra parte, el hombre también tiene gran poder de adaptación.

¡Y el del olvido!

Cada vez se fue hablando menos de aquello, y llegó un momento en que la atención general se centró en la colonización del planeta Plutón, ¿el último rincón del sistema solar, en el que sorprendentemente se descubrieron unos diminutos seres vivos que también empezaron a dar mucha guerra.

Se decía que se trataba de unas arañas del tamaño del pie de un hombre, que hablaban o al menos se comunicaban entre sí a gritos, y que se disponían a defender su remoto planeta emprendiéndola a mordiscos con todo aquel que osaba acercarse a ellas.

—¡Las hay a billones! —decían los primeros viajeros al regreso.

—¡Un mordisco suyo es mortal!

—¿No se las puede eliminar con raticidas?

—¡Al contrario! ¡Eso las hace engordar!

—Por descuido, en uno de los viajes se filtraron algunas en las astronaves... ¡Y empiezan a multiplicarse en el monte Everest!

—Dicen que ya se han comido una de las gigantescas montañas.
¡La más alta de esa cordillera!

Con todo esto..., ¿quién se preocupaba de la contaminación del aire?

Aquel peligro, por no verse a simple vista, por parecer menos real, empezó a olvidarse.

Como cuando a un empedernido fumador se le dice que el cáncer lo produce el tabaco. Como cuando a un diabético se le anuncia que le perjudica el azúcar. Como cuando a un glotón se le avisa que la gordura perjudica y se convierte en una enfermedad. Como cuando a las mujeres se les aconseja que el teñirse el cabello es insano. Como cuando se les dice a los niños que las golosinas con exceso indigestan...

¿Olvido? ¿Despreocupación? ¿Inconsciencia?

¡La raza humana es así!

* * *

El mismo Roy Brynner, colmado de felicidad tras su soñado matrimonio con la bonita Bonnie Gillman, empezó a olvidarse del profesor Gunnar Bergman, de la misión que en cierta ocasión le encargaron sus jefes y de todo aquel feo asunto de «Los Hijos del Futuro».

Al menos se olvidó de una de las rigurosas leyes que estuvieron a punto de aprobar los cinco gobiernos continentales, ya que antes de poder celebrar su octavo aniversario de boda, ya tenía seis hermosos hijos que crecían fuertes y rollizos y que hacían exclamar a la madre:

—¿No da gusto verlos, Roy? -

—Sí, Bonnie. Han salido parecidos a ti.

—¡Oh, no, cariño! Al menos los niños son altos y fuertes como tú, con anchas espaldas y robustos pechos.

Roy Brynner miraba a sus pequeños y un día, tontamente, se encontró diciéndole a su esposa:

—A veces recuerdo las peregrinas teorías de tu abuelo, Bonnie.

—¿Qué teorías, Roy?

—A lo que nos contó de los dinosaurios, que murieron por falta de oxígeno y cuyo perímetro torácico aumentaba más cada vez.

—¡Por favor, Roy! ¡No digas bobadas, hombre! Nuestros hijos han nacido así porque tú también eres grande y fuerte.

—Sí, Bonnie, sí... Debe ser eso.

El tiempo siguió pasando, y medio siglo después, en una de las colonias más florecientes de Marte, una linda maestra de esbelta silueta, ojos grandes y azules, pero piel ligeramente verdosa, durante la clase les dijo a sus discípulos:

—...Y los hombres no hicieron caso y murieron como los dinosaurios, por falta de oxígeno, llegando a medir metro y medio de espalda con unos ávidos pulmones que nunca podían saciar...

Uno de los pequeñines inquirió, tan sorprendido como incrédulo:

—¿Es eso cierto, señorita Brynner?

—¡Lo es! Mi abuelo fue uno de los últimos supervivientes y me contó muchas cosas sobre la contaminación de la Tierra. ¡Muchas cosas!

—¿Es una historia bonita, señorita Brynner?

—No... Es una historia triste, pero que no debéis olvidar. Los hombres quisieron cada vez más vehículos, más automóviles, más rápidos aviones y reactores, más industrias y más comodidades. Se empacharon de «progreso» y de aparatos que les hacían la vida cada vez más fácil. Las mamás no lavaban, no planchaban, no cosían, no cocinaban y marchaban veloces de un sitio a otro, con rápidos vehículos que, por millones y millones, cruzaban las gigantescas ciudades, en donde todo el mundo se amontonaba como hormigas...

»Las casas eran muy altas y algunas se perdían entre las nubes. Parecían inmensas colmenas llenas de agujeritos donde se hacinaban las familias. Nadie quería vivir lejos de la ciudad, porque en el campo no se podía «disfrutar» de tantos adelantos, comodidades y cosas de consumo...

—¿Y quién cultivaba los campos, señorita Brynner?

—Las máquinas. Esas faenas se consideraban anticuadas. Muchos alimentos eran sintéticos, elaborados en grandes fábricas con productos artificiales que a su vez alimentaban a seres que empezaban a ser también «artificiales»...

»A veces no sabían si salía el sol o estaba nublado, porque su cielo siempre estaba cubierto de una densa capa de humos y detritus volatilizados, procedentes de las gigantescas industrias, de las grandes factorías que precisaban para un consumo cada vez mayor cantidad de productos. En los ríos, los peces crecían en aguas residuales, contaminadas por miles y miles de toneladas de desperdicios, que era preciso echar a alguna parte. Las industrias químicas y petroquímicas creaban cada vez nuevas materias, aunque para su composición tuvieran que necesitar productos tóxicos que se expandían en el aire o se vertían en los grandes mares...

»Pero un día los mares empezaron también a estar contaminados, y al evaporarse sus aguas por el calor del sol y convertirse en nubes, arrojaban a la Tierra una lluvia que ya no resultaba fecunda...

—Debió ser muy triste, señorita Brynner.

—Lo fue, pequeños míos... Y mayormente porque el hombre no pudo remediarlo.

—¿Por qué no lo hizo?

—No se pusieron de acuerdo. ¡Ese fue su peor mal!

—¡Qué tontos! —dijo, con franca ingenuidad una niña.

—Ya os he dicho que algunos hombres de conciencia endurecida propusieron medidas que otros no podían aceptar. Pero en vez de rebatir aquellas teorías, debieron aplicarse todos al común esfuerzo de sanear los dones que Dios les había dado, y que ellos, en su insensatez, envenenaron. No calcularon bien el peligro y los unos por los otros...

La joven maestra de rostro nos, hizo una pausa antes de añadir:

—Por eso os lo cuento yo ahora, para que seáis conscientes, porque vosotros, todos vosotros, sois las generaciones del porvenir.

Quiso animar a sus discípulos, y con rostro más alegre terminó:

—Así pues... ¡Animo y qué no se diga aquello de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra!

FIN

la conquista del **ESPACIO**

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias al talento
de unos autores
de excepcio-
nal calidad*

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE
"CIENCIA-FICCION"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.